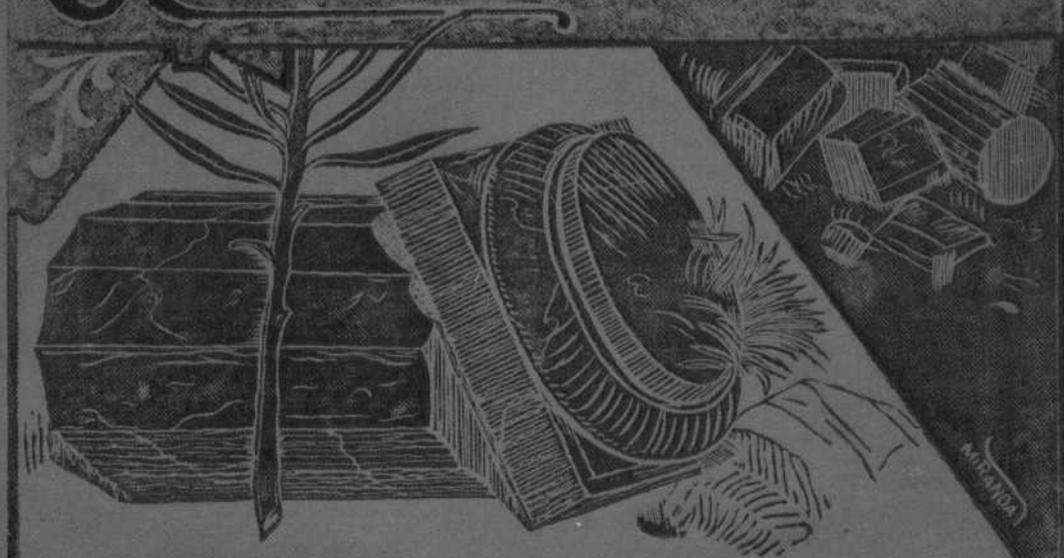
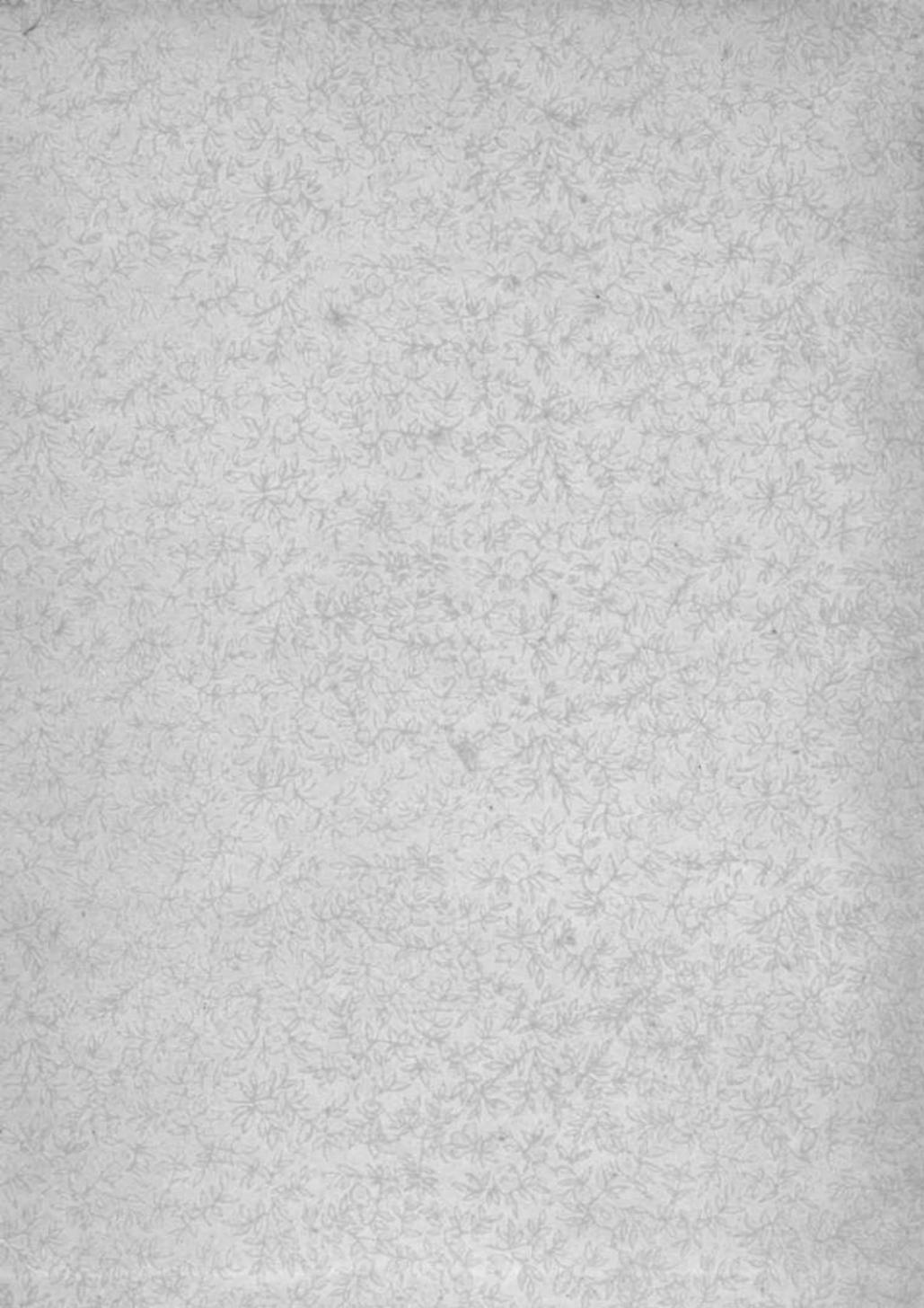




G. NÚÑEZ DE ARCE



MIRANDA





DG
Cov

+ 1402799

C. P.



J. Simoes de Castro

POESIAS

COMPLETAS

DE

NUÑEZ DE ARCE



TERCERA EDICION, AUMENTADA

NEW YORK

IMPRENTA DE NAPOLÉON THOMPSON & Co,

33 á 43 Gold Street

1884

R.184688

INDICE.

I.—POESÍAS.

	PÁG.
¡Treinta Años!	1
La Duda,	5
En el Monasterio de Piedra,	16
Á Darwin,	18
Las Arpas Mudas,	25
Á Voltaire,	30
Miserere,	31
Á la Muerte de Don Antonio Rios Rosas,	40
Á Emilio Castelar,	46
Tristezas,	50
La Inundación,	56
Á la Patria,	58
Elegía á la Memoria del insigne historiador y poeta portugués Alejandro Herculano,	63

II.—POEMAS.

Raimundo Lulio,	76
Idilio,	101
Última Lamentación de Lord Byron,	124
El Vértigo,	150
La Selva Oscura,	173
La Visión de Fray Martín,	198
La Pesca,	235



I.

POESÍAS.

¡ TREINTA AÑOS !

¡ Treinta años ! ¿ Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fría ?
Un día tras otro día
mi existencia han consumido,
y hoy asombrado, aturdido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido.

Y aparecen ante mí
fugitivas y ligeras
las venturosas quimeras
que desvanecerse ví:
la inocencia que perdí,
y aquel vago sentimiento
que animó mi pensamiento
cuando eran mis alegrías
las mágicas armonías
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño
en la vida que disfruto
un siglo cada minuto,
una eternidad cada año.
El dolor y el desengaño
forman parte de mí mismo,
y el torpe materialismo
de esta edad indiferente
cubre de sombras mi frente
y abre á mis piés un abismo.

Sacude el mar su melena
de crespas olas rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena
su audaz cólera contiene
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el tormentoso oceano
que en el pensamiento humano
ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!.... Tanto se encumbra,
tan locamente camina,
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra.
Al horror nos acostumbra,
siembra de ruinas el suelo,
y en su inextinguible anhelo
álzase hasta Dios atea
con la sacrílega idea
de derribarle del cielo.

He visto tronos volcados,
instituciones caídas,
y tras recias sacudidas
pueblos y reyes cansados.
Propios y ajenos cuidados
muévenme continua guerra,
y mi espíritu se aterra
cuando, perdida la calma,
siento rugir en el alma
la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fui,
hondas heridas renuevo,
y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que antes ví,
no siento lo que he sentido,
no responde ni un latido
del corazón si á él acudo,
llamo al cielo y está mudo,
busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación
que vas, con loco ardimiento,
nutriendo tu entendimiento
á expensas del corazón.
Dime, ¿ no es cierto que son
vivas tus penas y ardientes ?
¿ No es verdad que te arrepientes,
presa de terrores graves,
de los misterios que sabes
y de las dudas que sientes ?

¡ Yo sí ! Feliz si lograra,
después de mis desengaños,
lanzar hácia atrás los años
que el destino me depara.
Pero, ¡ ay ! el tiempo no pára,
ni tuerce su curso el río,
ni vuelve al nido vacío
el ave muerta en la selva,
¡ ni quiere el cielo que vuelva
la esperanza al pecho mio !

4 de Agosto de 1864.



LA DUDA.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

DON ANTONIO HURTADO.

Desde esta soledad en donde vivo,
y en la cual de los hombres olvidado
ni cartas ni periódicos recibo ;
donde reposo en apacible calma,
lejos, lejos del mundo que ha gastado
con la del cuerpo la salud del alma ;
antes de que el torrente desbordado
de la ambición, con ímpetu violento
me arrebate otra vez ; desde la orilla
donde yace encallada mi barquilla,
libre ya de las ondas y del viento,
como recuerdo de amistad te escribo.

¡ Ay ! Aunque salvo del peligro, siento
la inquietud angustiosa del cautivo,
que, rompiendo su férrea ligadura
traspasa fatigado á la ventura
montes, llanos y selvas, fugitivo.

El rumor apagado que levantan
las hojas secas que á su paso mueve,
las avecillas que en el árbol cantan,
el aire que en las ramas se cimbreo
con movimiento reposado y leve,
el río que entre guijas serpentea,
la luz del día, la callada sombra
de la serena noche, el eco, el ruido,
la misma soledad ¡ todo le asombra !
Y cuando ya de caminar rendido
sobre la yerta piedra se reclina
y le sorprende el sueño y le domina,
oye en torno de sí, medio dormido,
vago y siniestro són. Despierta, calla,
y fija su atención despavorido ;
la oscuridad le ofusca, se incorpora
y el rumor le persigue.—¡ Es el latido
de su azorado corazón que estalla !—
Y entonces ¡ ay ! desesperado llora.
Porque es la libertad don tan querido,
que en el humano espíritu batalla,
más que el placer de conseguirla, el miedo
de volverla á perder.

Yo que no puedo
recordar sin espanto la agonía,
la dura y azarosa incertidumbre
en que mi triste corazón gemía
sometido á penosa servidumbre,
cuando, arista á merced del torbellino,
sin elección ni voluntad seguía

los secretos impulsos del destino,
y en ese pavoroso desconcierto
de la social contienda, consumía
la paz del alma ; la esperanza mía
hoy que la tempestad arrojó al puerto
mi navecilla rota y quebrantada,
temo ¡ infeliz de mí ! que otra oleada
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿ qué soy yo ? ¿ qué es el hombre ? Sombra leve,
partícula de polvo en el desierto.
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,
busca el átomo al átomo, y la arena
es nube, es huracan, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
bajo su peso el mundo se conmueve,
oscurece la luz, llega al abismo
y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa ;
pero después que el torbellino pasa
y se apacigua y duerme la tormenta,
¿ qué queda ? Polvo mísero y liviano
que el ala frágil del insecto aventá,
que se pierde en la palma de la mano.
¡ Oh grata soledad, yo te bendigo,
tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo !

Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afán oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,

—cuestión á un tiempo inoportuna y grave—
¿qué busco? ¿á dónde voy? ¿por qué he nacido
en esta Edad sin fe?—Yo soy un ave
que llegó sola y sin amor al nido.
A este nido social en que vegeta,
mayor de edad, la ciega muchedumbre,
al infortunio y al error sujeta
entre miseria y sangre y podredumbre.
Contéplala, si puedes, tú que al cielo
con tus radiantes alas de poeta
tal vez quisiste remontar el vuelo,
y si éste el mundo que soñaste ha sido
nunca el encanto de tu dicha acabe....
¡Ay! pero tú también eras un ave
que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
alguna vez con ánimo atrevido,
mi vista á lo pasado, y removiendo
los deshechos escombros de la historia,
en el febril anhelo que me agita
sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria.
Y al través de las capas seculares
que el aluvión del tiempo deposita
sobre columnas, pórticos y altares;
del polvo inanimado con que cubre
la loca vanidad del polvo vivo,
que arrebatá á su paso fugitivo,
como el viento las hojas en Octubre;
mudo de admiración y de respeto
busco la antigüedad—roto esqueleto

que entre la densa lobreguez asoma—
y ofrecen á mi absorta fantasía
sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
sus mártires la fe cristiana y pía,
el patriotismo su grandeza austera,
sus monstruos la insaciable tiranía,
sus vengadores la virtud severa.

Y llevado en las alas del deseo
que anima mi ilusión, á veces creo
volver á aquella Edad.—En la espesura
del bosque, en el murmullo de la fuente,
en el claro lucero que fulgura,
en el escollo de la mar rugiente,
en la espuma, en el átomo, en la nada,
Apolo centellea, alza su frente
de luminoso lauro coronada.

Por él la luna que entre sombras gira,
la luz que en rayos de color se parte,
la ola que bulle, el viento que suspira,
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas
de desaliento y decepción, recuerdas
esa dorada Edad, y que te inspira
el coro de sus musas voladoras,
que murmuran y gimen en las cuerdas
de la ya rota y olvidada lira?

Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!
la voz del interés grosera y ruda
anuncia que el Parnaso está desierto
y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive. Musa ciega,
implacable, brutal. ¡Demonio acaso
que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
del árido escalpelo, á cada paso
nos precipita en el oscuro abismo
ó nos asoma al borde de la nada.
¿No la ves? ¿No la sientes en tí mismo?
¿Quién no lleva esa víbora enroscada
dentro del corazón? ¡Ay! cuando llena
de noble ardor la juventud florida
quiere surcar la atmósfera serena,
quiere aspirar las auras de la vida,
esa Musa fatal y tentadora
en el libro, en la cátedra, en la escena
se apodera del alma y la devora.
¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternal! En nuestros lares,
en el retiro, en el regazo tierno
del amor, hasta al pié de los altares
nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
ha sacudido con su sople ardiente
los tristes pensamientos de mi mente
como sacude el huracan las olas!
¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,
he golpeado con furor mi frente,
he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frío,

he sentido clavarse en mis entrañas !
¡ Noches de soledad, noches de hastío,
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fe, de luz, y de esperanza falto !
¿ Y quién mantiene viva la esperanza
si donde quiera que la vista alcanza
ve escombros nada más ? Por entre ruinas
la humanidad desorientada avanza ;
hechos, leyes, costumbres y doctrinas
como edificio envejecido y roto
desplomándose van ; sordo y profundo
no sé qué irresistible terremoto
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares :
reyes, naciones, génios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religión sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda audaz, la asoladora duda
como una inundación cubre la tierra.
— ¡ Es que el manto de Dios ya no la escuda !—
No la defiende el varonil desnudo
de la fe inexpugnable y de las leyes,
y el dios de los incrédulos, el miedo,
rige á su voluntad pueblos y reyes.

Él los rumores bélicos propala,
él organiza innúmeras legiones
que buscan la ocasión, no la justicia.
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala
con lanzas, bayonetas ni cañones,
el templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
impenetrable, pavoroso, oscuro,
yérguese altivo el pensamiento humano
de su grandeza y majestad seguro.
Y semejante al árbol carcomido
por incansable y destructor gusano,
que, cuando tiene el corazón roído,
desenvuelve su copa más lozano,
al través del social desasosiego
cruza la tierra en su corcel de fuego,
hasta los cielos atrevido sube,
pone en la luz su vencedora mano,
el rayo arranca á la irritada nube
y horada con su acento el oceano.
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece
sostenido no más por su corteza!
Tal vez la brisa que las flores mece
derribará en el polvo su grandeza.

—¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio
logra profundizar? Esta sombría
turbación, esta lóbrega tristeza
que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿es acaso el crepúsculo del día
que se extingue, ó la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?

Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Sólo sé que la dulce poesía
va enmudeciendo, y cuando calla el ave
es que su oscuridad la noche envía.
Oigo el desacordado clamoreo
que alza doquier la muchedumbre inquieta
sin freno, sin antorcha que la guíe;
ando entre ruinas, y espantado veo
cómo al sordo compás de la piqueta
la embrutecida indiferencia ríe.

—También en Roma, torpe y descreída,
la copa llena de espumoso y rico
licor, gozábbase desprevenida,
hasta que de improviso por la herida
que abrió en su cuello el hacha de Alarico
escapósele el vino con la vida.—
Todo el cercano cataclismo advierte;
pero en esta ansiedad que nos devora
ninguno habrá que á descifrar acierte
la gran transformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección ó muerte,
vespertino crepúsculo ó aurora,
los que siguen llorando su camino
por medio de esta confusión horrenda,
con inseguro paso y rumbo incierto,
¿dónde levantarán su débil tienda
que no la arranque el rauda torbellino
ni la envuelva la arena del desierto?

En otro tiempo el ánimo doliente,
atormentado por la duda humana,
postrábase sumiso y penitente
en el regazo de la fe cristiana,
y allí, bajo la bóveda sombría
del templo, el corazón desesperado
se humillaba en el polvo y renacía.
Cristó en la cruz del Gólgota clavado
extendía sus brazos, compasivo,
al dolor sublimado en la plegaria,
y para el pobre y triste fugitivo
del mundo, era la celda solitaria
puerto de salvación, sepulcro vivo,
anulación del cuerpo voluntaria.

¡ Ay! En aquella paz santa y profunda
todo era austero, reposado, grave.
La elevación de la gigante nave,
la luz entrecortada y moribunda,
la sencilla oración de un pueblo inmenso
uniéndose á los cánticos del coro,
la armonía del órgano sonoro,
las blancas nubes de quemado incienso,
el frío y duro pavimento, fosa
común, perpétuamente renovada,
de la cual cada tumba, cada losa
es doble puerta que limita y cierra
por debajo el silencio de la nada,
por encima el tumulto de la tierra ;
aquella majestad, aquel olvido
del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
parecian decir con infinita

dulzura al corazón desfallecido;
 al espíritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas et vita. (1)
 Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
 Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros
 planes hallaron en el claustro abrigo,
 y Dios airado desató el castigo
 y con el rayo derribó sus muros.
 ¿Dónde posar la fatigada frente?
 ¿Dónde volver los afligidos ojos,
 cuando ha dejado el corazón creyente
 prendidos en los ásperos abrojos
 su fe piadosa y su interés mundano?
 ¿Dónde?

¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
 porque al náufrago, al triste, al pobre grano
 de desligada arena das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona), 20 de Abril de 1868.

(1) Joan, XIV, 6.



EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGÓN.)

Venga el ateo y fije sus miradas
en las randas cascadas
que caen con el estrépito del trueno
en ese bosque que oscurece el día,
de rústica armonía
y de perfumes y de sombras lleno ;

en la gruta titánica que arredra
con sus monstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado río :
que ante tantas grandezas el ateo
dirá asombrado : — ¡ Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mío !

Arpa es la creación, que en la tranquila
inmensidad oscila
con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
en tierra, mar y viento,
que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
el pájaro en su nido,
el trueno en las entrañas de la nube,
hasta la flor que en los sepulcros brota,
todo exhala su nota
que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
que á enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito ;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ ay ! que, como el dolor, es infinito.

Julio de 1872.



Á DARWIN.

I.

¡ Gloria al genio inmortal ! Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano !
¡ Que, removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
el abolengo del linaje humano !

II.

Puede el necio exclamar en su locura :
— ¡ Yo soy de Dios hechura ! —
y con tan alto origen darse tono.
¡ Quién, que estime su crédito y su nombre,
no sabe que es el hombre
la natural transformación del mono ?

III.

Con meditada calma y paso á paso,
cual reclamaba el caso,
llegó á tal perfección un mono viejo :
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

IV.

Esa invisible fuerza creadora,
 siempre viva y sonora,
 música, verbo, pensamiento alado ;
 ese trémulo acento en que la idea
 palpita y centellea
 como el soplo de Dios en lo creado ;

V.

(hablo de Dios, porque lo exige el metro,
 más tu perdón impetro
 ¡ oh formidable secta darwiniana !)
 Ese sonido, como el sol fecundo,
 que vibra en todo el mundo
 y resplandece en la palabra humana ;

VI.

esa voz, llena de poder y encanto,
 ese misterio santo,
 lazo de amor, espíritu de vida,
 ha sido el grito de la bestia hirsuta,
 en la cóncava gruta
 de los ásperos bosques escondida.

VII.

¡ Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,
 ¿ por qué se agita y sueña
 el hombre, de su paz fiero enemigo ?
 ¿ A qué aspira ? ¿ Qué anhela ? ¿ Qué es en suma,
 el genio que le abrumba ?
 ¿ Fuerza ó debilidad ? ¿ Premio ó castigo ?

VIII.

Honor, virtud, ardientes devaneos,
 imposibles deseos,
 loca ambición, estéril esperanza :
 horrible tempestad que eternamente
 perturba nuestra mente,
 con acentos de amor ó de venganza ;

IX.

conciencia del deber que nos oprimes,
 ilusiones sublimes
 que á más alta región tendéis el vuelo :
 ¿ qué sois ? ¿ A dónde vais ? ¿ Por qué os sentimos ?
 ¿ Por qué crimen perdimos
 la inocencia brutal de nuestro abuelo ?

X.

Ajeno á todo inexcrutable arcano,
 nuestro Adán cuadrumano
 en las selvas perdido y en los montes,
 de fijo no estudiaba ni entendía
 esta filosofía
 que abre al dolor tan vastos horizontes.

XI.

Independiente y libre en la espesura,
 no sufrió la amargura
 que nos quema y devora las entrañas.
 Dábanle el bosque entretejidas frondas,
 el río claras ondas,
 aire sutil y puro las montañas ;

XII.

la tierra, á su elección, como en tributo
dulce y sabroso fruto,
música el viento susurrante y vago ;
su luz fecunda el sol esplendoroso,
la noche su reposo
y limpio espejo el cristalino lago.

XIII.

En su pelliza natural envuelto,
gozaba alegre y suelto
de su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
y en su rústica estancia
lo que la vida le duraba el traje.

XIV.

Desconoció la púrpura y la seda,
no inventó la moneda
para adorarla envilecido y ciego.
Ni se dejó coger, como un idiota,
por una infame sota
en la red del amor ó en la del juego.

XV.

No turbaron su paz ni su apetito
este anhelo infinito,
esta pena tan honda como aguda.
¡ Ay ! ni á pedazos le arrancó del alma
su candorosa calma,
el demonio implacable de la duda.

XVI.

Y en esas lentas y nocturnas horas,
negras, abrumadoras,
en que la angustia nos desgarró el pecho,
con tu mirada impenetrable y triste,
nunca te apareciste
¡oh desesperación! junto á su lecho.

XVII.

No buscó los laureles del poeta,
ni en su ambición inquieta
alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno.
No fué rey, ni tribuno,
¡ni siquiera elector! . . . ¡Dichoso mono!

XVIII.

En la copa de un árbol suspendido
y con la cola asido,
extraño á los halagos de la fama,
sin pensar en la tierra ni en el cielo,
nuestro inocente abuelo
la vida se pasó de rama en rama.

XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna virgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y más fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
á la sonora margen de los ríos,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos ;

XXI.

allí, donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,
los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII.

¡ Al árbitro del mundo ! . . . ¡ Qué sarcasmo !
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho ;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV.

¡ Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡ Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo á su instinto natural responde!

XXV.

¡ Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI.

¡ Batid gozosos las sangrientas manos,
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre á la razón dobla su frente;
más sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de las fieras doma.

LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones.

¡ Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y calla !
¿ Qué valen sus gorjeos
ante la voz airada
del trueno, que retumba
en valles y en montañas ?

¡ Qué cambio y qué contraste !
Ayer llenaba el mundo
la inspiración sublime
de Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
que envileció el tumulto,
parece que gravita
la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
el despertar de un siglo :
nosotros á sus hondas
angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
su cántico era un himno.
El nuestro, ¡ oh desventura !
el nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella
sangrienta sacudida,
que derribó en el polvo
la sociedad antigua,
con su potente mano
la santa poesía
logró sacar ileso
á Dios de entre las ruinas ;

cuando en estéril roca,
entre el rumor confuso
del mar, agonizaba
en su aislamiento augusto
el águila altanera,
tan grande en su infortunio,
que de sus corvas garras
tuvo suspenso el mundo ;

entonces, como el germen
oculto que despierta,
y rompe vigoroso
la cárcel que lo encierra,

sobre las viejas ruinas
brotaron por doquiera
la religión, la gloria,
la libertad, la ciencia.

¡ Siempre el dolor fecunda
La tierra, nuestra madre,
sufre el agudo arado
que sus entrañas abre ;
el mar tiene sus roncacas
y oscuras tempestades,
su duda el pensamiento,
la religión sus mártires.

Todo lo grande surge
de este combate eterno,
como la luz del choque
del pedernal y el hierro.
¡ Felices nuestros padres,
que entonces recogieron
la mies, antes regada
con llanto, sangre y cieno !

¿ Es raro que el poeta
alzase himnos de gloria
al Dios que renacía
de entre sus aras rotas ?
¿ Es raro que cantase
la alborozada Europa
al nuevo sol, naciendo
de la impalpable sombra ?

Pero hoy, ¿qué alegre canto
entonarán las musas?
La llama del incendio
nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
de alborotadas turbas
arrastra por el fango
sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
en lecho de dolores:
atónita y turbada
la fe su venda rompe,
y caen de sus altares,
bajo insensatos golpes,
la patria, la familia,
los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo
choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
su inspiración al vicio,
y entre el alegre estruendo
de infames regocijos,
la sociedad oscila
sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos sáuces,

Tal vez cuando la tierra
nuestros despojos guarde,
el viento las sacuda
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
se amanse la corriente,
nuestros felices hijos
piadosos las descuelgen.
¡Quién sabe! Aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡oh noche!
¡dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.



A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable : nada
resiste á tu satánica ironía.
Al través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,
y hoy la razón no más sirve de guía
á la prole de Adan regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino
la libre religión de las ideas ;
ya la fe miserable á tierra vino ;

ya el Cristo se desploma ; ya las teas
alumbran los misterios del camino ;
ya venciste, Voltaire. ¡ Maldito seas !

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y á veces, como un lamento,
resuena el lúgubre són
con que llama á la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía

su incierta luz á lo lejos,
y á sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la regia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
con mano firme y segura
entrea bre su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

— ¡Hola! — grita en són de guerra
con aquella voz concisa,
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.
— ¡Volcad la losa que os cierra!

Vástagos de imperial rama,
varones que honrais la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama.—

Contestando á estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
después á salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas nó domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse á España,
cual granítica montaña,
á impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,

en cuya Edad, nuestra gloria
como nieve se deshizo.

Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.

¡ Ay, qué terrible armonía,
qué oscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía !

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.

La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos,
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos é inquisidores.

¡ Qué es mirar como serpea
por su semblante amarillo

el fosforescente brillo
que la podredumbre crea !
¡ Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos !

¡ Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,
cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos !
¡ Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos !

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hacia el templo se encamina
la fúnebre procesión.
Marcha con pausado són
tras del rey que la congrega,
y cuando á la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
como en los siglos pasados,

reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto á la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que á inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y á Dios elevan su canto.
Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso que va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba :

« Fuimos las ondas de un río
» caudaloso y desbordado.

» Hoy la fuente se ha secado,
» hoy el cauce está vacío.
» Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
» se extingue, se apaga y muere.

» ¡ *Miserere!*

» ¡ Maldito, maldito sea
» aquel portentoso invento
» que dió vida al pensamiento
» y alas de luz á la idea!
» El verbo animado ondea
» y como el rayo nos hiere.

» ¡ *Miserere!*

» ¡ Maldito el hilo fecundo
» que á los pueblos eslabona,
» y busca, y cuenta, y pregona
» las pulsaciones del mundo!
» Ya en el silencio profundo
» ninguna injusticia muere.

» ¡ *Miserere!*

» Ya no vive cada raza
» en solitario destierro,
» ya con vínculo de hierro
» la humana especie se enlaza.
» Ya el aislamiento rechaza,
» ya la libertad prefiere,

» ¡ *Miserere!*

» Rígido y brutal azote
» con desacordado empuje
» sobre las espaldas cruje

» del rey y del sacerdote.
 » Ya nada existe que embote
 » el golpe ¡ oh Dios ! que nos hiere.
 » ¡ *Miserere !*

» Mas ¡ ay ! que en su audacia loca,
 » tambien el orgullo humano
 » pone en los cielos su mano
 » y á tí, Señor, te provoca.
 » Mientras blasfeme su boca,
 » ni paz ni ventura espere.
 » ¡ *Miserere !*

» No en la tormenta enemiga :
 » no en el insondable abismo :
 » el mundo lleva en sí mismo
 » el rayo que le castiga.
 » Sin compasión ni fatiga
 » hoy nos mata : pero muere.
 » ¡ *Miserere !*

» Grande y caudaloso río,
 » que corres precipitado,
 » ve que el nuestro se ha secado
 » y tiene el cauce vacío.
 » ¡ No prevalezca el impío,
 » ni la iniquidad prospere !
 » ¡ *Miserere !* »

Súoito, con sordo ruido
 cruje el órgano y estalla,
 la luz se amortigua, y calla
 el concurso dolorido.

Al disiparse el sonido
del grave y solemne canto
llega á su colmo el espanto
de las mudas calaveras,
y de sus órbitas huevas
desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
la luz misteriosa y vaga,
todo murmullo se apaga
y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece
el cortejo se evapora,
y mientras la blanca aurora
esparce su lumbre escasa,
á lo lejos silba y pasa
la rauda locomotora.

25 de Junio de 1873.



Á LA MUERTE
DE
DON ANTONIO RIOS ROSAS.

¡ Cayó como la piedra en la laguna
con rudo golpe en la insondable fosa !
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
como el rayo terrible y luminosa.

¡ Triste destino de la gloria humana
tan costosa, tan mísera y tan vana !
¡ Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido ;
hoy tributo de lágrimas ; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido !

En la infinita sed que nos aqueja,
¿ qué es nuestra vida ? El sueño de un momento,
onda que pasa, sombra que se aleja,
ave tímida y muda que no deja
ni el rastro de sus alas en el viento.

¡ Cuántas, cuántas memorias arrebatada
nuestra viviente y rauda catarata !
¿ Qué es el mártir ? ¿ Qué el genio ? ¿ Qué el tirano
en el torrente del linaje humano,
que al través de los tiempos se dilata ?

La secular encina, siempre verde,
de sus marchitos frutos se despoja
sin que nadie, mirándola, recuerde
ni el seco ramo, ni la inútil hoja
que en su invisible crecimiento pierde.

¡ Todo es misterio, vértigo y locura!
La vida frágil, el renombre incierto,
y la tremenda eternidad oscura . . .
Sólo podemos dar á los que han muerto,
con fe piadosa, honrada sepultura.

Él la tendrá con lágrimas regada.
¿ Cómo olvidar tan pronto, patria mía,
la imperiosa atracción de su mirada,
su voz, su ardiente voz, rígida espada
que al chocar y al herir resplandecía ?

A veces imagino que aún le veo
erguirse reposado y pensativo,
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo
arrostrar el contrario clamoreo,
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusión discreta,
la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varón profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil desnudo,

ni se dejó arrastrar por la corriente ·
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generación, que al mundo vino
cuando, impulsa lo por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino ;

cuando de su letargo despertaba
la nación de Lepanto y de Pavía,
y en lid ardiente, inextinguible y brava,
mostró con su tesón que no quería
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha titánica y suprema,
esa generación que hacía su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendada en tan heróico empeño,
templóla en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el eco del cañón le arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estóico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba España envilecida.

De su entusiasta afán en los extremos
 amasó con la sangre de sus venas
 la libertad que á su valor debemos.
 ¡ Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
 ni esperanza, ni fe, ni patria apenas !

El genio nacional, antes dormido
 en la profunda noche del olvido,
 llenó los aires con su voz sonora,
 como el alegre pájaro en el nido
 cuando le llama la rosada aurora.

¡ Qué espontáneo y feliz renacimiento !
 ¡ Qué pléyada de artistas y escritores !
 En la luz, en las ondas, en el viento
 hallaba inspiración el pensamiento,
 gloria el soldado y el pintor colores.

¡ Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
 Olózaga, Donoso, Avellaneda,
 y cien nombres, orgullo de la historia,
 ya son polvo no más ! ¡ Ya su memoria
 sólo en el pueblo que ilustraron queda !

¡ Su memoria mortal, que se derrumba
 al impulso del siglo ! Eco postrero
 de su apagada voz, sordo retumba
 en el helado mármol de la tumba,
 y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
 vuelvo á mi Edad la vista atribulada,

siento á la vez indignación y espanto.
¡Cómo pensar, generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz á las cumbres del Pirene
avivó el fuego del honor sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

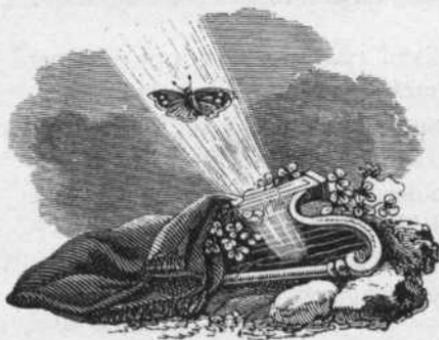
Ni nos defiende ya, ni el golpe embota,
partido en mil pedazos nuestro escudo.
El vulgo, el necio vulgo nos azota:
yace el arte decrepito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota.

Alguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago,
¡ay! y el vapor del fango removido
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz ¡oh varón fuerte!
con el sol de la patria que declina.
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazón ileso.
Otros, que el pueblo alborotado aclama,
no dormirán tranquilos bajo el peso,
bajo el terrible peso de su fama.

5 de Noviembre de 1873.



Á EMILIO CASTELAR.

¡ Ya triunfó la república! Has vencido.
Tras prolongada y mísera agonía
lanzó á tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino á tierra como el cedro erguido
que el huracán y el rayo desafia:
cayó como la mustia y débil hoja
de que en Octubre el árbol se despoja.

¡ Ay! ¿ Esta sociedad que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
porque haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradición excelsa que maldices?
¿ Se desplomó quizás porque tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿ Fué su impensada y rápida caída,
torpe venganza ó pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvanece
como el último rayo vespertino,
renace el orden y la paz florece,
es que cumplió la ley de su destino.
Pero si la tormenta se embravece,
si nos arrolla el rauda torbellino,
si no se aclara el porvenir incierto,
entonces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia,
en que un Senado imbécil ó cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo á los estímulos del miedo
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,
formidable y potente en lid reñida,
ni cual del casto cáliz de la rosa
la pura esencia en ondas esparcida.
Brotó de aquella tarde ignominiosa
como brota la sangre de la herida,
y como en medio de mortales dudas
nació de un beso la traición de Judas.

¡ Oh ! ¡ Quién tuviese la robusta vena
del aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros monstruos del linaje humano !
Mi pluma entonces... ¡ pero no ! La pena
que envilece al león, honra al gusano :
nunca la ruín bajeza ha merecido
censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusión que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas

paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnación de tu deseo.

Si el llanto no te ciega, en torno mira:
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgreñada Musa de la plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve á Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepulcros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar á Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generación soberbia y vana
que lanza á Dios su imbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frío,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.

¡ Ya no existe el ejército ! ¡ Ya es horda
 la que fué hueste, y se desmanda y huye !
 La anarquía los ámbitos asorda,
 la honrada libertad se prostituye,
 y óyense los aullidos de la hiena
 en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
 de la turba feroz, de nuevo estalle,
 y vibre como el trueno en la montaña
 y el bronce de los templos en el valle.
 La triste España, nuestra madre España
 se desangra entre el cieno de la calle ;
 ebrio el desorden la denosta y hiere.
 Agonizando está. ¡ Sálvala, ó muere !

23 de Diciembre 1873.



TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales ;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡ Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto !
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo ;
aquella majestad solemne y grave ;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave ;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito ;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito ;

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara ;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos ;

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre ó sueña ;

todo elevaba mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo :
religión, arte, soledad, misterio

todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba á las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡ Oh anhelo de esta vida transitoria !
¡ Oh perdurable gloria !
¡ Oh sed inextinguible del deseo !
¡ Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo !

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pié de tus altares
como en mis años de candor no acudo
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde ;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz ; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo ;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad ¡ oh Cristo !
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime

¡ y ese Dios no eres tú ! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío ·
su cielo es el Vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡ Ay ! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido ;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente ;
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,

y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡ Y está la playa mística tan lejos ! . . .
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ ay ! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿ Qué es la ciencia sin fe ? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intrincadas espesuras,
desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡ Llegar ! ¿ Adónde ? . . . El pensamiento humano
en vano lucha ; en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡ Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto !
Salva á esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hácia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fe desalentada, incierta :
— ¡ Anímate y despierta ! —
como dijiste á Lázaro : — ¡ Levanta ! —

30 de Junio de 1874.



LA INUNDACIÓN.

ANTES.

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo trasparente, el bosque umbrío
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con las ramas juega.

Abre sus cáuces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brío
el ribereño á su labor se entrega.

Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa, que dora el sol, cerca divisa.

¡ Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocente risa.

DESPUÉS.

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta
su audaz corriente alborotada y suelta,
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle á su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto, ni la humilde choza,
y el labrador, en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
sobre las ruinas de su hogar solloza.

5 Noviembre de 1879.



Á LA PATRIA.

HIMNO CON MOTIVO DE LA PAZ.

Dorando la alta cumbre
la ansiada aurora llega,
y ante la viva lumbre
que el ancho espacio anega,
cobarde se repliega
la densa oscuridad.

Ya baña el horizonte
la luz que Dios envía:
ya mar, y valle, y monte
colora el nuevo día.
Ya todo es alegría.
¡Poetas, despertad!

La paz tiende su manto
desde el Pirene á Gades:
alza el himno santo
en campos y en ciudades,
y admire á las edades
vuestro inmortal clamor,

Ascienda en ráudo vuelo
 la voz de la alabanza,
 como condor que al cielo
 intrépido se lanza.
 Cantad á la esperanza :
 yo cantaré al dolor.

No es que al deber ajeno
 desdeñe la ventura
 que de tu herido seno
 las penas templá y cura.
 Alma tan seca y dura
 no alienta ; oh Patria ! en mí.

Acaso al ver hollada
 tu majestad suprema,
 ¿ no fué mi lira espada ?
 mi voz ¿ no fué anatema ?
 Aún mis mejillas quema
 el llanto que vertí.

¿ Soy el poeta, acaso,
 de las felices horas,
 que calla en el ocaso
 y canta en las auroras ?
 ¿ No estalla, cuando lloras,
 mi ardiente indignación ?

Pero hoy que conseguiste
 cobrar el bien perdido,
 y espléndida, aunque triste,
 la paz ha renacido,
 cauto al dolor, que ha sido
 tu santa redención,

Enigma de la Historia
y escándalo del mundo,
de tu pasada gloria
so el árbol infecundo,
yacías en profundo
letargo secular.

Del fanatismo esclava,
en noche eterna y fría,
tan sólo iluminaba
tu mísera agonía,
la lámpara que ardía
delante del altar.

Perdida en tu camino
y á oscuras tu conciencia,
el arte sin destino,
sin libertad la ciencia,
tu antigua omnipotencia
no renació jamás.

Pirámide ostentosa
alzada en el desierto,
do incógnita reposa
la vanidad de un muerto,
¡oh patria! tu famosa
grandeza era no más.

Llamando con su espada
de súbito á tu puerta,
gritó la inesperada
catástrofe: — ¡Despierta! —
y el águila su abierta
garra en tu pecho hincó.

¡Oh asombro! Bajo el fiero
 dolor de la ancha herida
 tus músculos de acero
 cobraron nueva vida:
 rugiste enfurecida,
 y el águila tembló.

Perdona si la austera
 verdad acato y digo:
 dolor que regenera
 es premio y no castigo.
 Confieso que contigo
 inexorable fué.

Cuando te vió á la falda
 del monte, soñolienta,
 tendió sobre tu espalda
 su azote y la tormenta:
 te exasperó la afrenta,
 y te pusiste en pié.

Ardieron tus hogares,
 y con mortal quebranto
 corrió la sangre á mares
 mezclada con tu llanto.
 ¡Cuánto sufriste, y cuánto
 duró tu adversidad!

Pero pasó el torrente,
 el sol doró tus ruinas,
 y excelsa, refulgente,
 aunque ciñendo espinas,
 apareció en Oriente
 tu augusta libertad.

¡ Ah ! Desde entonces luchas
con la traidora hiena,
y su rugido escuchas
impávida y serena.
Tres veces en la arena
domaste su furor.

Cuando tus ansias cesen,
y en tiempos más felices
honrados hijos besen
tus santas cicatrices,
verás como bendices
los frutos del dolor.

Él con potente mano
labra, organiza y crea
cuando en el yunque humano
con hondo afan golpea
para forjar la idea
que es vida, es verbo, es luz.

Los que dichosos duermen
no sueñan con el cielo :
siempre el dolor fué germen
de algun gigante anhelo,
y Dios, bajando al suelo,
lo consagró en la Cruz.

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida
llega á calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida ;

si es verdad ¡ ay ! que el afligido seno, *
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno ;

permite ; oh Portugal ! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, llore contigo.

¡ Ya no existe el poeta ; Pero en vano
querrá la muerte oscurecer la gloria
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la Historia,
él exaltó la santa poesía,
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
 pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*
 y amó la libertad. ¡ Quien no ama el día !

No dobló al yugo del temor su frente,
 ni la lisonja vil manchó su labio,
 ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,
 se opuso á la invasión de la mentira
 con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,
 combatió en pró de su fecunda idea
 con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea
 la dulce calma, el apacible encanto
 que perdió en el fragor de la pelea,

y hoy en rústico y pobre camposanto
 sus restos guarda honrada sepultura,
 que el pueblo portugués riega con llanto.

¡ Feliz el alma que al romper su oscura
 cárcel, de eterno lauro coronada,
 vuelve al seno de Dios intacta y pura !

Ejemplo sea á nuestra Edad menguada,
 en que más de un ingenio peregrino
 en el fango del mundo se degrada,

y contrariando su inmortal destino,
como ramera sin pudor, ofrece
al éxito brutal su estro divino.

¡ Ah! grande podrá ser, mas no merece
loa ni encomio el pensamiento humano
que se humilla, y se arrastra, y se envilece.

¿ Quién al águila audaz, que el soberano
vuelo remonta, comparar podría
con el reptil inmundo del pantano ?

—

¡ Oh religión del arte! ¡ Oh Poesía!
¡ Comunión de las almas cuando llevas
la paz, el bien y la razón por guía !

¡ Cuando contra la infamia te sublevas,
y con no usada majestad, el vuelo
hasta el principio de la luz elevas !

Pliega tus alas en señal de duelo,
y ante esa pobre tumba deposita
tu más preciada flor : ¡ la fe en el cielo !

Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡ ay! á quien solo, sí, mas nó olvidado,
duerme á la sombra de la cruz bendita.

A quien fué por tu númen exaltado,
de rica inspiración raudal fecundo
y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo
que cubre el polvo desligado y frío
del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío
no animarán los sueños de la vida:
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!

Mas bastan á su fama esclarecida
las altas creaciones del poeta,
do su gran alma nos dejó esculpida.

—
¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar como un atleta! (1)

¡que ama y lucha á la vez con heroísmo,
y ve rodar sin gloria ni esperanza
su patria y su virtud hácia el abismo!

Cuando esparciendo el odio y la matanza,
la morisma feroz salva el Estrecho
y cual torrente incontrastable avanza

ante el imperio gótico deshecho,
la pasión insensata que le oprime,
con sacrílego ardor le abrasa el pecho,

(1) La novela *Eurico el Presbítero*.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,
y sólo á costa de la inútil vida
de sus perpétuos votos se redime.

¡ Cayó en el campo del honor ! La herida
anticipó su fin ; pero él llevaba
la muerte en sus entrañas escondida.

¡ Ay ! ¡ En qué corazón, rugiente y brava,
no estalla, en horas de incurable duelo,
la rebelión de la materia esclava ?

¿ A quién, alguna vez, con hondo anhelo
la sed de lo imposible no le acosa ?
¿ Quién no ha soñado en escalar el cielo ?

—

Surge después la imagen luminosa
del arquitecto Alfonso, que en su extrema
y ciega ancianidad, aun no reposa. (1)

Le designó la voluntad suprema
para labrar maravilloso templo,
y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,
¡ con cuánta angustia, de la Edad presente,
la vergonzosa indecisión contemplo !

(1) La narración histórica titulada *La bóveda*.

Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta á explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde ó sierva su jornada,
y más que al ruego, al látigo obedece
¡ay! cuando nó vencida, fatigada.

Ante esa sociedad que desfallece,
del inspirado artista la figura
¡cuán excelsa á mis ojos resplandece!

Lleno de genio, edificar procura
alta y extensa bóveda, que sea
terror y pasmo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,
cual padre cariñoso, con tranquila
majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila
al comprender su temerario empeño,
y él mismo alguna vez duda y vacila.

— ¡No pudiera, en verdad, ser el diseño
de la atrevida y portentosa nave,
la irrealizable concepción de un sueño?

¿ Acierta ? ¿ Se equivoca ? ¡ Quién lo sabe !—
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,

enterrar su vergüenza en los escombros,
y si decreta Dios la infausta ruina,
recibirla impertérrito en sus hombros.

¡ Dichoso ciego á quien la fe ilumina !
Su ardor redobla en la animosa empresa,
y la admirable fábrica termina.

Derríbese, por fin, la selva espesa
de cimbras y pilares, y el espanto
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto.
y el noble viejo en éxtasis divino,
con sus ojos sin luz, mas nó sin llanto,

solo, abstigente, orando de contino,
vivió esperando hasta el tercero día
la catástrofe horrenda que no vino.

Y la imponente nave todavía,
inmóvil cual granítica montaña,
el furor de los siglos desafía.

¡ Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,
de la dura labor á que se entrega
nuestra razón, el simbolismo entraña !

Aunque cansada del trabajo y ciega,
obediente á las leyes que la rigen,
sin cesar edifica, y no sosiega.

Dóciles á su voz desde su origen,
los pueblos con ruidosa incertidumbre
el monumento de su gloria erigen.

Teme á veces la ignara muchedumbre
que la nave espaciosa venga al suelo,
vencida por su inmensa pesadumbre ;

mas la razón serena y sin recelo
sabe bien que en sus ejes de diamante
segura está la bóveda del cielo.

No caerá, no, porque el varón constante
deseche el miedo, y con afán profundo
en alas de la ciencia se levante.

¡ Ah ! si hubiese cedido al infecundo
pavor que nuestras almas encadena,
Colón no hubiera descubierto un mundo.

—

La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cáuce al egoísmo,
y sólo funda en movediza arena.

¡ Pero no es fácil resistir ! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo,

Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,

y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, tambien vacilo,
y apenas sé dónde posar mi frente.

¡ Ay ! ¿ Quién puede, con ánimo tranquilo,
dar la triste y postrera despedida
al dulce hogar que le sirvió de asilo ?

¡ Mas basta ya de indecisión ! La vida
se engrandece al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,

y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el coro universal que canta
á la naciente luz : — ¡ Bendita seas !

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
sólo á la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes, espanta.—

—

¿ Quién pudiera á los rayos de esa aurora
los seres convocar que de Herculano
forjó la fantasía soñadora !

Pero no abrigo el pensamiento vano
de animar las figuras colosales
que con diestro ciúcel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales
ánimas, los rencorosos extravíos,
que él presenta patéticos y reales,

rebosarian de los versos míos,
si en ellos contenerlos intentara,
cual de sus cáuces los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la región que avara
las ficciones y fábulas encierra,
se abrió camino su razón preclara.

Como rayo de sol que se soterra
por ocultos resquicios, é ilumina
los recónditos senos de la tierra,

el negro cráter, la profunda mina
y la gruta de abrojos resguardada
que conoce no más fiera dañina,

así del vate la sagaz mirada
penetró, fulgurando, en los oscuros
y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros
de tan lóbregos antros, los inciertos
signos para allegar datos seguros,

buscaba en los sepulcros entreabiertos
de los tiempos antiguos, la memoria
casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando, atormentado por la gloria,
con animoso espíritu escribía
del pueblo portugués la épica historia,

la fanática y torpe hipocresía,
medrosa de la luz, no hubiese roto
su pluma de oro, en que irradiaba el día ;

si en medio del frenético alboroto
de envidiosas calumnias, él no hubiera
hecho de enmudecer solemne voto ;

el monumento que con fe sincera
quiso alzar á la patria su erudito
y vasto ingenio, perdurable fuera.

Fuera como esas moles de granito
en que pueblos gigantes que no existen,
sus ya ignorados fastos han escrito.

¿ Dó sus glorias están ? ¿ En qué consisten ?
¿ Qué resta de ellos en el mundo ? Nada :
las pirámides sólo, que aún resisten.

Esa Historia, entre tantas celebrada,
del egregio Herculano obra maestra,
¡ ay ! quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros,
gloria de Portugal . . . ¡ y también nuestra !

¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros ?

Hermanos son el español y el luso,
un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna les dispuso.

Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.

¿ A quién importa el rumbo que han seguido ?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñón hacen su nido.

Ese sol que les sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.

Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho
el mar, el río, el llano y la montaña.

Cuando algun invasor, hallando estrecho
el mundo á su ambición, con ellos cierra,
la misma espada les traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrelos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡ Ay! cuando luchan con rencor tirano,
pregunta Dios al vencedor impío :
— ¡ Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano! —

Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mútua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡ oh Portugal! su llanto apura,

y en tí sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa á consolar tus penas ;
pero no á compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,
hacer que el odio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas ;

podrá impedir nuestra unidad fecunda ;
mas no evitar que de mi patria el llanto
con el que tú derrames se confunda.
¡ No lo conseguirá ! ¡ No puede tanto !

Diciembre de 1877.

II.

POEMAS.

RAIMUNDO LULIO.

A UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,
Como sencilla ofrenda que tributo
A nuestro antiguo afecto,
Mis pobres cantos de *Raimundo Lulio*.

Esta doliente historia
Encierra un grave pensamiento, oscuro
Quizás, porque mi musa
Ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida Ciencia
Que huye de Dios, y en su rebelde orgullo
Con sus fulgores sólo
Quiere llenar los cielos y los mundos ;

De esa Ciencia á que rinde
La vanidad del hombre ciego culto,
Y que persigue siempre
Con sacrilego afán y ardor impuro ;

Por quien, obedeciendo
De su apetito al indomable impulso,
Mancha las sacras aras,
Y á Dios disputa su poder augusto :

En Blanca, en esa hermosa
Blanca, sueño y delirio de Raimundo,
El símbolo terrible,
El triste emblema presentar procuro.

¡Ay! cuando devorado
Por insaciable sed, loco y convulso
Piensa alcanzar el hombre
De su soberbia el anhelado fruto,

¿Qué encuentra? Eterna duda,
Eterno hastío entre el placer oculto,
Y bajo regias galas
La horrible podredumbre del sepulcro.

Mas no porque condene
Esos, que errores de la Ciencia juzgo,
Para extirparlos pido
El auxilio sangriento del verdugo.

Impuestas por la fuerza,
O por la vil superstición del vulgo,
Odiosas me serían
La verdad y la fe que ansioso busco.

Hijo soy de mi siglo,
Y no puedo olvidar que por el triunfo
De la conciencia humana,
Desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo
De la brutal intolerancia el yugo,
Y quiero en campo abierto
Libremente lidiar con el absurdo.

CANTO I.

PROFANACIÓN.

Como el radiante sol cuando declina,
La vida con sus últimos reflejos
Nuestros yertos recuerdos ilumina,

Y vemos todos, al llegar á viejos,
El muerto bien que la memoria guarda
Más rico de color cuanto más lejos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,
Mi pasada ilusión cruza furtiva,
A través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva,
Que remontaste apresurada el vuelo
Al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡oh Blanca de Castelo,
A mis ojos tan casta y luminosa
Como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecian en tu faz hermosa
El ampo de la nieve immaculada
Y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
Tan intensa su luz, que sus destellos
Penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
Como rayos de sol entretejidos,
Para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos
Suspensos del aliento de tu boca,
Tierno regazo de ósculos dormidos.

Te ví y te amé con la pasión más loca
Que puede contener el alma humana
Cuando en la altura de sus sueños toca.

¡ Cuántas veces al pié de tu ventana,
Siempre cerrada para mí, llorando
Me sorprendió la luz de la mañana !

Jamás tu acento melodioso y blando
Dió forma á una promesa lisonjera,
Y entre el cariño y el temor luchando,

A un tiempo mismo generosa y fiera,
Parecian decir á mi deseo
Tus ojos : ¡ Nunca ! — y tu silencio : ¡ Espera !

¡ Ay, qué terrible incertidumbre ! Creo
Que es menor la ansiedad, menor la duda
Con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
De mi invencible amor, sombra querida,
Te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡ Qué miserable vida fué mi vida !
Brotaban los sollozos de mi pecho
Como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
De dia, persiguiéndote incesante
Con la torpe insistencia del despecho,

Cuanto menos querido, más amante,
Miraba trascurrir, ardiendo en ira,
Como un siglo de angustias cada instante.

¡ Qué solitario y tétrico suspira
El corazón que osado se levanta
Y en su delirio á lo imposible aspira !

La esperanza del hombre es arpa santa :
Pulsa la fe sus cuerdas, y sublime
En medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
El vil recelo, estéril y cobarde,
En medio del placer, se rompe y gime.

Haciendo de mi amor público alarde,
Por las calles de Palma te seguía
Una tarde de Abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía
En el seno del mar, con sus fulgores
Arrebolando el término del día,

Y llenaban el aire esos rumores
Que despiertan, abriendo su capullo
A los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
El sonoro bullir de las corrientes,
Del viento y de las hojas el murmullo,

Todo inspiraba al corazón ardientes
Y tenaces deseos; todo amaba,
Auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
Nubes de polvo al estampar su huella,
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella
Recatabas la faz, con paso lento
Iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
Turbó mi juicio, y removió las heces
De mi amargo pesar y mi tormento;

Recordé con furor tus esquiveces,
Sentí en el corazón la mordedura
De la sospecha ruin, una y mil veces,

Y descompuesto, ciego en mi locura,
Al inquieto corcel piqué la espuela,
Para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela
Lanzaste un grito de terror, el grito
De la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
Que excitaba mi afán y mis enojos
Debiste ver en mi semblante escrito,

Porque cayendo atónita de hinojos
Rígida y sin color como una muerta
Volviste á mí los espantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,
Y ya creía en mi febril anhelo
El triunfo fácil y la dicha cierta,

Cuando de pronto, alzándote del suelo,
Hacia una iglesia gótica cercana
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana
Que te seguía, penetró contigo
En la angusta basílica cristiana,

Y yo ¡insensato! —con horror lo digo —
Provocando de Dios el justo fallo
Al bruto indócil apliqué el castigo ;

Hizo sonar su endurecido callo
En las losas del atrio, y de repente
Dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente :
Sé que al vermé llegar pálido y fiero
Corrió sordo rumor entre la gente ;

Que trastornado yo, pero altanero,
En torno las miradas revolvía,
Acariciando el puño de mi acero,

Y que con pompa abrumadora y fría
Un helado cadáver en la cumbre
Del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
Reverberando en los bordados de oro ;
El pasmo de la absorta muchedumbre ;

De la terrible música el sonoro
Raudal, que con los rezos confundido,
Inundaba la nave desde el coro ;

El ronco *Miserere*, ese gemido
De nuestra vanidad, que brilla apenas
Para perderse en el eterno olvido ;

Todo, mezclado con mis propias penas,
Condenaba mi intento temerario
Y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario
Alzábanse los muertos con estruendo,
Envueltos en su fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
Con ímpetu el rendal, gané la puerta,
De mi conciencia amedrentada huyendo,
Lívido el rostro y la mirada incierta.

CANTO II.

INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate
Y no la brida, abandonada y suelta,
Salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta
En el espeso polvo del camino,
Me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino
Que á través de los bosques se abre paso,
Avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
Iba como la seca y móvil hoja
Al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoja
Fueron cediendo ; recobré el estribo,
Con mano firme aseguré la floja

Y descuidada rienda, ergúime altivo,
Y lentamente hácia el paterno techo
Retrocedí cansado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,
Y con furor reconcentrado y rudo
Herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
Pugnaba por gritar y no podía,
Porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
Que vives, ay! en mi memoria impresa
Con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa
La calentura en mí, formas extrañas
Se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,
Trasgos y espectros espantosos, hijos
Del fuego abrasador de mis entrañas,

Al par deslumbradores y prolijos
Revolaban en torno de mi frente,
Con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el círculo tú, resplandeciente
Como la estrella matutina, muda
Como el pudor, como el amor, ardiente,

Mostrándote á mi afán, medio desnuda,
Confuso el rostro, palpitante el seno
Cual la virtud que desfallece y duda,

Con blando halago, de promesas lleno,
Como nunca gozaron los mortales,
Soltabas, ¡ay! á mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
Que te envolvían, con hambrientos ojos
Devoraba tus formas virginales,

Y esclavo de mis lúbricos antojos,
Vencido por el lánguido embeleso
De tu húmeda pupila y labios rojos,

De mi amante ilusión en el exceso,
Extático y dichoso hubiera dado
Mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
Atropellando la medrosa hueste
De monstruos que giraban á mi lado,

Quise alcanzarte, aparición celeste,
Y las manos tendí con desvarío
Para rasgar tu immaculada veste ;

Pero hallé un esqueleto hórrido y frío
Que al deshacerse en mis convulsos brazos
Exclamaba llorando : — ¡ Ay, amor mío ! —

Y bajo la opresión de estos abrazos
De muerte, de estos punzadores goces,
Mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
Volvían los abortos del mareo
A perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo
A mi imposible amor, te descubría
Más cerca y más radiante mi deseo.....

¡ Cuánto duró la fiebre ? No sabría
Decirlo : sé que sonrosada y bella
Calmó mi ardor la claridad del día.

¡ Ay ! á juzgar por la profunda huella
Que el dolor dejó en mí, duró las horas
De mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras
A la naciente luz, con manso ruido
Batió el sueño sus alas bienhechoras ;

Y como el gladiador, que ya rendido,
El postrer golpe resignado espera,
Cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
Desparramaba sobre el ancho mundo
Su fúlgida y dorada cabellera,

Cuando saliendo yo de mi profundo
Letargo, alcéme triste y macilento
Como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento
Recordé tus ofensas, tan contrito
Como espantado de mi loco intento,

Y buscando el perdón de mi delito
Estos versos tracé, que de buen grado
Hubiera con mis lágrimas escrito :

« ¡ Oh Blanca ! Cierta que la culpa mía
Es grande : ni la oculto ni la niego.
Pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena por demás sería
La que impusieses, cuando ve el más ciego
Que aviva tu desdén mi amante fuego
Y es causa tu rigor de mi porfía.

¡ Oh mi vida ! ¡ Oh mi luz ! ¡ Oh mi esperanza !
Ahógame entre tus brazos, si á moverte
Mi fervorosa súplica no alcanza.

Que yo al morir bendeciré mi suerte,
Pues será compasión y no venganza
Darme en tu seno cándido la muerte.»

Berenguer de Pedralves, mi criado,
Animoso y resuelto, halló camino
De entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta á su buen tino,
Y tal maña se dió, que en plazo breve
Con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebe
La esquiva condición de un pecho ingrato
Para el amor de endurecida nieve,

Ese quizás comprenda el arrebato
Con que tu carta abrí, sin que acertara
A entender su enigmático relato :

« Misera y desdichada criatura,
Lamento vuestro error, y le perdono.
Mas ¿ quién me guardará de vuestro encono
Si en la casa de Dios no estoy segura ?

Nada vale la efímera hermosura
 Con que, sin pretenderlo, os aprisiono.
 Dejad que se marchite en su abandono,
 Y alzad los ojos á mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo,
 Rompiendo para siempre nuestros lazos,
 A separaros del amor terreno ;

Si es para vos piedad y no castigo
 Hallar la muerte en mis crispados brazos,
Venid, que acaso dormiré en mi seno.»

Era la cita misteriosa y rara ;
 Mas cuando la pasión nos precipita,
 ¿ Quién en vanos escrúpulos repara ?

—A un tiempo mismo—murmuré—me incita
 Y me desprecia. La razón no acierto ;
 Pero ¿ qué importa ? Acudiré á la cita.—

Y cuando en mi amoroso desconcierto
 Esto decía, lúgubre y lejana
 En los aires vibró, doblando á muerto,
 La penetrante voz de una campana.

CANTO III.

LA CITA.

La negra noche su enlutado manto
Por la serena atmósfera tendía
Con inefable y misterioso encanto.

¡ Cuánta tristeza y cuánta poesía
En el herido corazón despierta
Ese adiós melancólico del día !

La luz crepuscular pálida y yerta
Que pasa, se amortigua y desvanece
Como recuerdo de esperanza muerta ;

La muda sombra que impalpable crece.
Y á semejanza del dolor humano
Todo lo apaga y todo lo oscurece ;

Aquel silencio, de la muerte hermano.
Que extingue los latidos de la vida
En la selva, en la cumbre y en el llano ;

Aquel suave silencio que convida
Al sueño ; aquella soledad suprema,
A la paz del sepulcro parecida ;

El fulgor de la luna, casto emblema
Del doméstico hogar puro y honrado,
Que alumbra y da calor, pero no quema ;

El infinito espacio, tachonado
De innúmeras estrellas, que el camino
Señalan de otra patria al desdichado,

Y son el jeroglífico divino
Que en la bóveda inmensa Dios imprime
Para enseñar al hombre su destino :

Todo es en tí patético y sublime,
¡ Oh noche augusta ! para el alma inquieta
Que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta
Del que sueña en cercanas alegrías,
A que la lobreguez fuese completa,

Y dando suelta á las pasiones mías
Perdíme, entonces, de temor ajeno,
Por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno
A los siniestros cuentos y consejas
Que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

Altivo, con la capa hasta las cejas
Y la mano en el pomo de la espada,
Palpitando de amor llegué á tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,
Inmóvil, como estatua misteriosa
En su lecho de piedra incorporada ;

Y al verme, con palabra recelosa,
Tenue como el suspiro comprimido
Que del deshecho corazón rebosa,

— ¡ Cuán desgraciada soy ! ¡ Habeis venido !—
Dijiste, alzando la mirada al cielo
Y arrancando del alma hondo gemido.

— ¡ Tanto me aborreceis, que os causa duelo
Mi presencia—exclamé—cuando en el mundo
Cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo ?—

— Quizás os pese y lo lloreis, Raimundo—
Respondiste con voz solemne y grave
Como el último adiós del moribundo.

Llegué á tu puerta, rechinó la llave,
Abrió y entré. Lo que en aquel momento
Pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosión de mi contento
Tan ruda fué, que atónito y confuso
Detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡ Con qué placer mi corazón iluso
Vió entonces acortarse la distancia
Que tu rigor entre nosotros puso !

Sobrecogido penetré en tu estancia,
En aquella mansión tranquila y pura
Como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura
Y vacilante luz, con noble empleo
Alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! á despecho de la edad, aún veo
Tu imagen melancólica y esbelta
Como jamás la sospeché el deseo.

En níveo traje desceñido, envuelta,
Por tu gallarda espalda descendía
La cabellera destrenzada y suelta.

Tu mirada, fijándose en la mía,
Intensa como el rayo y penetrante
La sangre de mis venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,
Con la impresión de la inquietud y el miedo
Retratada en tu angélico semblante,

Me viste aparecer, y con el dedo
Mostrándome un sitial, por vez primera
Tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era
Como arrullo de tórtola que anida
Y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida
Obediente moví la débil planta
Y á tus piés me postré, luz de mi vida.

A tus piés me postré ; pero con tanta
Agitación, que demudado y frío
Sentí ahogarse la voz en mi garganta :

Hasta que al fin como el hinchado río
Que se desborda y precipita ciego,
Estalló sordamente el amor mío.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,
Con su expresión incoherente y rota
Por el halago, y la pasión, y el ruego ;

Con ese dulce cántico que brota
Al fecundo calor de una mirada,
Y lleva una ilusión en cada nota ;

Con esa breve frase entrecortada
Que al morir en los labios, adivina
El corazón de la mujer amada,

Música de las almas, peregrina,
Que con suspiros trémulos empieza
Y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi terneza
Entonces : sé que al escuchar mi acento
Doblaste blandamente la cabeza ;

Sé que en tu irresistible arrobamiento
 Más de una vez, á tu pesar, sin duda,
 Se confundió tu aliento con mi aliento ;

Sé que en aquella prueba áspera y ruda,
 Tú, en amorosas lides inexperta,
 Debiste al cielo demandar ayuda :

Sé — y al profundizar mi herida abierta
 Aun abundantes lágrimas derramo —
 Que conmovida, fascinada, incierta,

Como pobre avecilla que al reclamo
 Acude presurosa, me dijiste
 En mis brazos cayendo :—¡Te amo ! ¡Te amo !—

¿ Qué más pude escuchar ? ¿ Ni quién resiste
 Al grato influjo de la voz querida,
 A un tiempo mismo apasionada y triste ?

Dentro de mí se engrandeció la vida,
 Y ante mis ojos fulguró cercana
 La dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,
 Y mis labios ardientes dejé impresos
 ¡ Ay ! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
 Que arrebatava á tu inocencia esquiva,
 Cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba
A vencer tu virtud lánguida y yerta,
Cuando de pronto, sacudiendo altiva

La noble frente, de rubor cubierta,
Me rechazaste pálida y convulsa
Exclamando:—¡Jamás! ¡Primero muerta!—

Como es ciego el amor que nos impulsa,
Tomé por la postrera llamarada
Del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acongojada
Reprimiste otra vez mi atrevimiento,
Diciéndome con voz ronca y ahogada:

—¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
Sofocar mi pasión, que ya no puede
Permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede
Comprimido este afán que me consume:
El alma mía á sus impulsos cede.

Y cual la violeta que presume
De modesta y humilde, aunque se esconda
Revela dónde está con su perfume,

Es inútil querer que no responda
Al fuego inextinguible en que me abraso,
Mi agitación desordenada y honda,

Sabedlo, pues; pero olvidadme! ¿ Acaso
Debo pensar en el amor terreno,
Yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansiáis, éste es el seno
Dónde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡ Podredumbre y cieno!—

Y con mano alterada y temblorosa
Descubriste tu pecho, carcomido
Por repugnante llaga cancerosa.

—¡ Ay!—dijiste cayendo sin sentido
Al contemplar mi horror:—¿ Me amabais tanto
Que á robarme la vida habeis venido?—

Yo, mudo de estupor, con el espanto
Pintándose en mi faz desencajada,
Pudiendo apenas reprimir el llanto,

Ví deshacerse en polvo, en humo, en nada
Mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
El encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me hería
Vacío el corazón, vacío el mundo,
Hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,
Y como aquel á quien del sueño arranca
Dolor extraño, insólito, profundo,

Dando á mi exaltación salida franca,
¡ Blanca! —gemí desesperado, al verte
Caer cual ave herida :—¡ Blanca, Blanca !

¡ Oye mi ruego ! ¡ Unamos nuestra suerte !
Mas, ay ! que sólo al llamamiento mío
Contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
De Dios y de los hombres olvidado
Cogí en mis brazos tu cadáver frío,

Le estreché con furor, y arrebatado
Besé tu boca lívida, aún caliente,
Como nido recién abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente
Abrazado á tus míseros despojos,
Ajeno á todo, á todo indiferente,

Helado el corazón, turbios los ojos,
Si no hubiera sentido de imprevisto
Rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo con aquel aviso
Quizás volverme la razón perdida
Y poner fin á mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida,
Posé mis labios en tu faz serena,
Y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena
De reposo, insultaba mi tormento
Y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento
Bullicioso y sutil, y más tranquilo
Dijo en la soledad mi pensamiento :

—¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo
Que me ligaba á tí, y en su regazo
La religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo
Nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!
Mi senda es fatigosa ; pero el plazo
Breve y seguro. ¡Espérame en el cielo!



IDILIO.

I.

¡ Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡ Oh gratos sueños de color de rosa!
¡ Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡ Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen, ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plato, *Anquises* y *Medea*,
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo :
 Negro y sedoso bozo
 Mi sonrosado labio sombreaba.—
 Empecé cuando todos mi camino
 Galopando sin tino.
 ¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? Ay! sí. Mi compañera
 Alegre y hechicera
 En los mejores años de la vida ;
 La inseparable amiga de mi infancia,
 Flor de inmortal fragancia
 Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
 En el rincón oscuro
 De humilde pueblo se crió conmigo.
 Encontróse al nacer huérfana y sola ;
 Pero mi hogar prestóla
 Blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna :
 En nuestra honrada cuna
 Nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
 Juntos como dos pájaros crecimos,
 Y juntos compartimos
 La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

¡ Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
 La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
 Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
 La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
 Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X.

¡ Cuántas veces con sustos y congojas
 Entre las verdes hojas
Crujir sentímos la insegura rama,
Y antes de aprovecharnos del aviso,
 Hallámos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡ Cuántas veces corriendo descuidados
 Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
 Volvíamos á casa
En el carro de miés de algún vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras
 Las no contadas horas
 Nos hallaban tranquilos y risueños.
 Hasta cuando la noche negra y fría
 Piadosa nos rendía,
 Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo deslizóse dulcemente
 Como mansa corriente
 Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
 Pero ya tuve edad, y como es uso,
 Mi buen padre dispuso
 Que mis graves estudios empezara.

XIV.

¡ Conservaré el recuerdo mientras viva !
 Sin pena á dejar iba
 Por vez primera los paternos lares :
 Mi amante madre preparaba inquieta
 La estudiantil maleta,
 Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
 Ensilaba el overo
 Que ya esperaba indócil á la puerta.
 La hermosa niña, casi adolescente,
 Inclínaba la frente,
 Callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusión ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos, á buscarme vino.
Rayaba apenas la rosada aurora.
—¡Vamos, Juan, que ya es hora!—
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entonces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto :
—¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.—

XVIII.

Puse fin á la triste despendida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aun escuché gritar :—¡Que escribas, hijo!—
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía ;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses después, de amor henchido,
 Tornaba al patrio nido,
 Fija en su santa paz mi única idea.
 ¡Oh ventura! á los últimos reflejos
 Del sol, y ya no lejos,
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana;
 Ancha franja de grana
 Teñía el cielo de maticés rojos;
 Sepultábase el sol en el ocaso . . .
 Ay! yo detuve el paso,
 Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
 Solté á mi potro el freno,
 Dejándole correr á su albedrío.
 Volaba envuelto en nube polvorosa;
 Pero una voz gozosa
 Me contuvo diciendo:—¡ Ay, hijo mío!—

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
 De la Virgen bendita,
 Que sobre loma desigual descuella,
 Dándole gracias, por mi vuelta, al cielo,
 Con impaciente anhelo
 Me aguardaba mi madre, y ¡ también *ella* !

XXIV.

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
Plazo el botón de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada :
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosión de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca ;
Y con afán mi corazón sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretendería en vano
Pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos ;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII.

Mas, ay ! mi encanto se deshizo en breve.
 Duró lo que la nieve
 Que no llega á cuajar en la llanura.
 ¡ Un instante no más ! Sólo un instante
 Animó su semblante
 Fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza :
 La ingénua confianza
 De la edad infantil trocó en desvío,
 Y los alegres juegos que animaron
 Nuestra niñez, pasaron
 Como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces :
 A veces grave, á veces
 Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
 Me hablaba sin razón con gesto esquivo,
 Y sin ningún motivo
 Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del día
 Ya nadie nos veía
 Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
 Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
 Buscábamos los nidos
 En los frondosos árboles del huerto.

XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo ;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII.

Entonces ¡ ay de mí ! pensando en *ella*
Dirigía mi huella
Hacia las ruinas del feudal castillo,
Que sobre estéril y ondulada mota
Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago :
Crece en las hendiduras de la piedra
La trepadora hiedra
Y al pié del muro el triste jaramago

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con segado vuelo,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
Parece que reposa
Aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo, que á sus plantas corre
Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
Y hallar algún remedio
A mis ansias prolijas y secretas,
Con brazo vigoroso y pié seguro
Subía por el muro
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII.

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,
A través del abismo,
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
Para ver en confusa perspectiva
La inmensidad arriba
Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogian,
Al acercarme huían,
Y solo con mis penas en la altura,
De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡ Cuántas veces mi espíritu errabundo,
Apartado del mundo
En aquel torreón del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolía
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje !

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban :
Por todas partes se extendía el llano
Hasta el confín lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡ Oh tierra en que nací, noble y sencilla !
¡ Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia ! ¡ Aire sereno !
¡ Fecundadora luz ! ¡ Pobre cultivo ! . . .
¡ Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno !

XLIII.

Cual dilatado mar, la miés dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo de combate.

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la miés madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanzan,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
A través de los campos se dilata:
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parese de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quién el freno exalta,
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desorden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas éras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la miés rechina.

LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga,
Y salta rota la reseca paja.

LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
Ví que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavora
Deshizo como sombra mi energía.

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
 Y se perdió en lo oscuro
 Del fondo impenetrable mi mirada.
 Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
 Estaba mudo el llano,
 Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
 Convulso, sin aliento,
 La señal de la cruz besé conrito.
 En aquella ocasión volvíme loco,
 Y empecé poco á poco
 A bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡ Un siglo para mí fué cada instante!
 Bregaba jadeante,
 Hincando con furor en la muralla
 Manos y piés, tan ciego y trastornado
 Como el pobre soldado
 Que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,
 Las temerosas aves
 Que despertaba al descender yo mismo.
 ¡ Ya escuchaba el murmullo del arroyo! . . .
 Mas, ay! perdí el apoyo,
 Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apenas.
 La sangre de mis venas
 Corrió con ritmo acelerado y duro.
 Desvanecido, horripilado, incierto,
 Y de sudor cubierto,
 Buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI.

¡ Aun el recuerdo abrumador me arredra!
 Crujió la débil hiedra
 Entre mi mano trémula y crispada.
 Súbitamente atravése el sombrío
 Espacio, sentí frío,
 Luégo un dolor agudo, luégo ¡ nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
 Recogióme un vecino
 Al pié del muro, exánime y maltrecho.
 Cuando volví de mi mortal letargo
 Vertían llanto amargo
 Las prendas de mi amor, junto á mi lecho

LXIII.

— ¡ Vive! — mi padre alborozado dijo.
 — ¡ Vive! — con regocijo
 Mi madre repitió, mirando al cielo.
Ella en silencio se enjugó los ojos.—
 Postráronse de hinojos,
 Y la santa oración levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar noches y días,
Esperando las frías
Y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡ Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razón y mis miembros embargaba,
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

LXVI.

Con la cedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,
Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mío!

LXVII.

¿ Era ficción ó realidad ? ¡ Quién sabe !
¿ Soñaba cuando el suave
Calor sentía de furtivo beso
Que se posaba en mí, como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso ?

LXVIII.

¿ Soñaba cuando triste ó satisfecha,
 En lágrimas deshecha
 O risueña y feliz, según mi estado,
 Mirábala sumisa á mis menores
 Caprichos y dolores,
 Como un ángel de Dios siempre á mi lado ?

LXIX.

No sé, ni importa ya ; verdad ó sueño,
 ¿ Qué saca el pobre leño,
 Despojo inútil de la mar bravía,
 Sino hacer más pesadas sus congojas,
 Con recordar las ojas
 Que le vistieron de verdor un día ?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho ;
 Mas ay ! no sin despecho.
 Porque á medida que la sangre ardiente
 Daba á mis miembros el vigor perdido,
 Mi dulce bien querido
 Recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,
 Cuando la luz molesta
 Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
 Al pié tendido en la agostada alfombra,
 De un árbol cuya sombra
 El sol marchita, pero no traspasa,

LXXII.

Dejaba en perezoso enervamiento
 Vagar mi pensamiento,
 Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
 No apartaba los ojos
 Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
 Con indecible pena
 Me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
 Con tal rigor y tan esquivo ceño?—
 De mí no era ya dueño,
 Y exclamé sin pensar:—Ingrata, ingrata!

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
 Miróme de hito en hito
 Breves instantes, levantóse incierta
 Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
 Y me tendió su mana,
 Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

—¡Sufres!—me dijo con afán.—¿Qué tienes?
 ¿Con tan fieros desdenes
 Paga tu afecto la mujer que adoras?
 Tu incurable aflicción me causa miedo.
 ¡Ay de mí! que no puedo
 Sino llorar contigo cuando lloras.—

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
 ¿ No era unir el sarcasmo
 A la traición? ¿ Las burlas al desvío?
 La indignación profunda que me ahogaba
 Rompió al fin, como lava
 Que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

—¡ Goza, gózate!—dije—fementida,
 En enconar la herida
 Que con tu injusta indiferencia has hecho.
 ¡ Ojalá fuera fácil olvidarte!
 Que por dejar de amarte
 Me arrancaría el corazón del pecho.—

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
 Llegar á mí, cual llega
 La enamorada tórtola al reclamo.
 Era débil su voz como un gemido.
 Y murmuró á mi oído:
 —¿ Es cierto? ¿ No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
 La cárcel de mi boca.
 ¡ He llorado en silencio tantos días!
 ¿ No me roban tu amor otras mujeres?
 ¿ Es verdad que me quieres?
 ¡ Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
 Como acerada flecha
 Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
 Cuánto he sufrido! . . . — Hablábame gozosa,
 Y en su mejilla hermosa
 La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba extático . . . ¡Aun la veo!
 ¡Aun en el alma creo
 Que resuena su voz, su voz vibrante
 Como el último acorde de una lira!
 ¡Aun me llama, aun suspira,
 Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
 La mar rugiente y sorda,
 Y con febril ardor de que me acuso,
 Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
 De súbito llegando,
 Entre los dos mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
 En el materno seno
 Corrió á ocultar su rostro la doncella.
 Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
 Y dijo: — Cuando acabes,
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella.—

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡ Terminé al fin! . . . Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblada lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso
Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.

— ¡ Murió ! ¿ para qué vivo ? —

Grité con ansia inacabable y fiera.

Mi madre dijo señalando al cielo :

— Dios calmará tu duelo.

Es la vida tan corta ! . . . ¡ Ora y espera !

Mayo, 1877.



ÚLTIMA LAMENTACIÓN

DE LORD BYRON.

(AÑO DE 1823.)

FRAGMENTOS.

I.

Otra vez incansable peregrino
Ansioso de cruzar pueblos extraños,
Vuelvo á emprender el áspero camino
Que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
Póstranme fatigosos desengaños ;
Pero arrastrado á mi pesar me siento
Como las hojas secas por el viento.

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,
Marcando el rumbo hácia remotos climas,
Surqué á mi antojo procelosos mares,
Y hollé la nieve de empinadas cimas.
Mas do quiera la hiel de mis pesares
Vertí en acerbas y sonoras rimas ;
Por todas partes implacable y frío
Fué detrás de mis pasos el hastío.

III.

¿Porqué, porqué desde mi abril temprano
 Molesto huésped á mi hogar se sienta,
 La copa del placer rompe en mi mano
 Y hasta en los brazos del amor me afrenta?
 Ay! ¿Quién pregunta al férvido oceano
 Porqué ruge ó se aplaca la tormenta?
 Como el profundo mar, ¿no tiene el alma
 Terribles horas de angustiosa calma?

IV.

Más terribles quizá, porque es más grande,
 Y en su furor satánico no tiene
 Ley que la rija, halago que la ablande,
 Ni costa que sus ímpetus refrene.
 Ya brusca y pavorosa se desmande,
 Ya sus olas indómitas serene,
 La causa á que obedece queda oscura.
 —¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?—

V.

¿El genio! ¿La locura!... ¿Quién decide
 Tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
 La línea imperceptible en que coincide
 La clara luz con la nocturna sombra?
 ¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
 ¿Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
 Ver que la humanidad cobarde ó ciega,
 Al éxito se rinde y se doblega?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo
Levanta Tamerlan una tras una ;
Oprime el Asia sin temor ni duelo,
Y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catilina y Massanielo
Porque les fué contraria la fortuna,
Que la suerte quizás no merecida,
Es genio, y es demencia la caída.

VII.

Mas, ay ! ¿ qué valen mis cansadas quejas ?
Con mis vanos lamentos ¿ qué consigo ?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
Y en sus crímenes lleva su castigo.—
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas :
Donde quiera que voy tú vas conmigo,
Y no sé resistir cuando me envías
Noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

Días de horrible laxitud ! El cielo
Trasparente y azul me causa enojos,
Cubre la tierra insoportable velo
Y el llanto anubla sin razón mis ojos.
Como un sepulcro el corazón de hielo
Guarda de mi entusiasmo los despojos,
Y están en esas horas de bonanza
Mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano,
Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contienen y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razón y el oceano:
Sólo que ruge el mar cuando batalla,
Y el pensamiento en sus tormentas calla.

X.

¡ Venga la tempestad ! Cuando resuena
Su fragorosa voz, y estalla el rayo,
Y el huracán encrespa su melena,
Sacude el alma su mortal desmayo,
Entre el horror de la sublime escena
Aliento, gozo, á mi placer me explayo.
Después . . . vuelve la calma abrumadora
Y el tedio de la vida me devora.

XI.

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
Y misteriosa fuerza me impelía
A esas regiones fértiles que baña
La fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
Pueblos gigantes cuando Dios quería,
Y hoy sombra nada más de lo que fueron,
Con sus muertas grandezas me atrajeron.

XII.

Descendí por la rápida pendiente
De los agrestes Alpes, que vecinos
Al sol, elevan su nevada frente
Orlada á trechos de silvestres pinos :
Salvando ya el abismo, ya el torrente,
Ya el traidor ventisquero, por caminos
Que abrió el barreno en la montaña dura,
Bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII.

¡ Con qué consolador recogimiento
Yo, pobre y olvidado vagabundo,
Sin hogar y sin lazos como el viento,
Miré á mis plantas el verjel del mundo !
Europa en vergonzoso enervamiento
Yacía entonces y en sopor profundo,
Cual gladiador que tras penosa brega
Sus recios miembros al descanso entrega.

XIV.

¡ Oh, bien me acuerdo ! Reposaba todo,
Y recogía atónita la historia
La sangre con las lágrimas, el lodo
Con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico periodo
Que vivirá del tiempo en la memoria,
En que acosada el águila del Sena
Cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV.

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano
Que en los arduos empeños de la vida
Supo ser, con aliento soberano,
En todo grande, excepto en la caída,
Se revolvía en el peñón lejano
Con ruda y formidable sacudida:
El mar encadenaba su egoismo,
Y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI.

Mas, ay! ¡Por qué fatalidad que aterra,
Por qué inconstancia de la suerte impía
Al hundirse el azote de la tierra
Más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
Los destinos humanos en un día,
La presa que las águilas soltaron
Mil carnívoros buitres devoraron.

XVII.

No fué ya el despotismo del coloso
Que, como río de encendida lava,
Al avanzar rugiente y proceloso
Con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
Que los cimientos de la fe socava;
Fué el miedo suspicaz, el más inmundo
De los tiranos que soporta el mundo.

XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,
Y fué, al moverse entre la sombra oscura,
Su casco de batalla el solideo
Y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
Mortal como la lenta calentura,
Blandió contra la tierra amedrentada
Más la cruz que la punta de su espada.

XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre
El yugo sufra de atrevida mano,
Que la enaltezca al menos y deslumbre
Con sus épicas glorias el tirano :
Y ya que con forzada servidumbre
Pague sus culpas el linaje humano,
El brazo vigoroso que la venza
Infúndale terror, y no vergüenza.

XX.

En el nombre de Dios la heróica España
Que al mundo despertó de su letargo,
Como premio debido á tanta hazaña
Sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresión y de la extraña
Coge Italia infeliz el fruto amargo,
Y cual botín en manos de bandidos
Ve sus hermosos campos repartidos,

XXI.

En el nombre de Dios los calabozos
Abren sus anchas fáuces, nunca llenas,
Donde sólo responde á los sollozos
Del desdichado, el són de sus cadenas ;
En el nombre de Dios viejos y mozos
En extranjero hogar lloran sus penas ;
En el nombre de Dios fiera cuchilla
Cercena la cerviz que no se humilla.

XXII.

¡Todo en nombre de Dios ! ¡ Blasfemia horrenda !
Yo sé que para el Dios de mis mayores
El humo del incienso es grata ofrenda,
No de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
Sé que extiende sus brazos redentores
Para estrecharnos con amor profundo,
Ay ! pero nó para oprimir el mundo.

XXIII.

Te han calumniado ¡ oh Dios ! Tú oyes el grito
Del corazón doliente y consternado,
Tienes misericordia y no has proscrito
La augusta Libertad. ¡ Te han calumniado !
Si la insaciable sed á lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy. ¡ Tú me la diste !

XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento
Dentro de mí como enjaulada fiera ;
Sólo para alumbrar nuestro tormento
La antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
El negro abismo, la insondable esfera,
Lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
Todo está abierto al pensamiento humano.

XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega,
Y alguna vez quizás, cuando le asombra
La oscura soledad por do navega,
No te ve, no te siente, no te nombra ;
Si en aflicción te niega, ¿quién te niega ?
Un átomo, la sombra de una sombra
En la inmutable eternidad perdida :
Méno's que sombra : ¡ el sueño de una vida !

XXVI.

¡ Desgraciada del alma que sin tino
En alas del error su vuelo encumbra,
Y abandonada y sola en su camino
Niega la misma luz que le deslumbra ;
Que ve á lo lejos el fulgor divino
Y no acierta á salir de la penumbra ;
Que avanza, confundida á cada instante,
Siempre desesperada y siempre errante !

XXVII.

Ay! He dudado, dudo todavía;
Pero nunca de tí. Si te ocultaras;
Mi ardiente convicción te encontraría.
Pueden turbas frenéticas ó ignarás
Renegar de Jesús y de María,
Quemar sus templos, profanar sus aras;
Puede en horas de espanto y desconsuelo
Como el Olimpo desplomarse el cielo.

XXVIII.

Pueden, cual otras antes, nuestras vivas
Creencias sepultarse en el vacío,
Pues no porque las ondas fugitivas
Vayan al mar, desaparece el río.
Pueden transformaciones sucesivas
Cambiar la faz del mundo á su albedrío:
Tú siempre flotarás con tus eternas
Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos, ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus días
Dejara de existir, tú existirías.

XXX.

Mas ¿á qué esfera mi incesante anhelo
 Me arrebatá y trasporta? A pesar mío
 Por la excelsa región remonto el vuelo,
 Subiendo en pos de la verdad que ansío.
 Pero el dolor que me sujeta al suelo
 Fuérame á descender trémulo y frío,
 Cual ave que aletea inquieta y viva
 Dentro de la prisión que la cautiva.

XXXI.

¡Torno á la triste realidad! ¡Y á dónde
 Podré volver mi tétrica mirada,
 Sin que me aflija la abyección que esconde
 Nuestra mezquina y lóbrega morada?
 Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
 Cuanto más baje el alma infortunada,
 Tanto mayor le mostrará la tierra
 El abismo sin término que encierra.

XXXII.

Ay! ¡Yo le he visto con horror! Yo mismo
 De incertidumbre y de terrores lleno,
 Voy rodando hácia el fondo de ese abismo
 Do se anasa con lágrimas el cieno.
 La infamia, la traición y el egoismo
 Me han brindado su cáliz de veneno,
 Y he sentido al beber su última gota,
 Rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII.

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido
Que nunca más veré! Turbado y mudo
De vosotros llorando me despido,
Y con adiós patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido,
Para agotarla toda? En vano acudo
A mi flaco valor, y ludo en vano
Contigo, ¡oh mi recuerdo! ¡oh mi tirano!

XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida
En su ala enorme la traidora flecha,
Y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha,
Por la ancha inmensidad vuela perdida,
Hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
En abrupto peñón oscura muerte.

XXXV.

¡Yo también moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
Pudiera hallar mi tumba, como el ave,
Quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
Quién, abrazado á mí, lágrimas vierta,
Ni quién cierre mis ojos y recoja
Mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla
 De mi libre bajel rompo y quebranto,
 Corred, llegad á la britana orilla
 Crecidas y amargadas con mi llanto!
 Y allí, do triste y silencioso brilla
 Mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,
 Decid, junto á la lumbre, al ángel mío,
 Que estoy muriendo de cansancio y frío!

XXXVII.

¡Frió del corazón, que hasta mis huesos
 Penetra y por mis venas se derrama,
 Y agolpa á mi memoria los sucesos
 De mi vida, en confuso panorama!
 Sólo el calor de tus amantes besos,
 Nó los pálidos rayos de la fama,
 Pudieran dar al alma entumecida
 De tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII.

Pero jamás tu sonrosada boca
 En mí se posará! ¡Nunca el abrigo
 De tus brazos tendré! Sufrir me toca
 Errante y resignado mi castigo.
 Oh! Si no tienes corazón de roca,
 Cuando se cebe la opinión conmigo
 Y escarnecido mi recuerdo veas,
 Compadéceme, y gime, y no la creas.

XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro
Abandoné la cuna en que dormías,
Que no tuve piedad, que fuí perjuro
Y me encenago en crápulas y orgías....
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro
Por mí, por tí, por los fugaces días
De amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser, mas nó culpado.

XL.

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
Pues mientras dure de mi vida el hilo,
Iré siempre á merced de mis dolores
Sin paz, sin esperanza y sin asilo.
—Mas basta ya de inútiles clamores;
Surca, velera nave, el mar tranquilo;
Que ya ilumina el sol de la mañana
La cima del Pentélico, cercana.

XLI.

Al través de los diáfanos celajes
Con que aparece la rosada aurora,
Ante mí se despliegan los paisajes
Que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes,
Desolada región? Dáme en buen hora,
Si el cielo quiere que por tí sucumba,
A la sombra de un sauce, humilde tumba:

XLII.

O á la orilla del mar, fuera del paso
 De los mortales, donde apenas haya
 Señal de vida, y con rumor escaso
 Las olas se adormezcan en la playa.
 Sepúltame de cara hácia el Ocaso,
 Para que cuando el sol á hundirse vaya
 En las costas de Albión, lejos, muy lejos,
 Me alumbre con sus últimos reflejos.

XLIII.

Ay! Esa luz incierta y fugitiva,
 Cuando á la tarde sobre mí se abata,
 Será como un recuerdo que reciba
 De mi patria orgullosa y siempre ingrata.
 Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
 Hoy de su férreo yugo se desata,
 Y mientras libre y próspera no sea,
 Morir es desertar de la pelea

XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
 De héroes y genios! ¡Sosegada fuente
 De rica inspiración! ¡Fecunda esposa
 Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
 ¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
 Por vez primera respiré tu ambiente?
 Y al escuchar el són de tus cadenas,
 ¡Con cuánta indignación lloré en Atenas!

XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
Bosques y tus poéticas colinas ;
Templé mi sed en tus sagrados ríos
Y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos
Con mudo asombro contemplé tus ruinas,
Iluminadas por el cielo heleno
De música, y color, y aromas lleno.

XLVI.

¡ Cuál se desatan los contornos puros
Del templo secular ! La verde hiedra
Trepando inquieta por los altos muros,
En la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
Colora el sol la ennegrecida piedra,
Y parece que inmóvil en la cima
El moribundo Partenón se anima.

XLVII.

Allí sesteá el balador ganado
Paciendo en calma la reseca hierba
Que crece al pié del templo consagrado
A las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
A quien el sol canicular enerva,
Duerme tranquilo en la agostada alfombra,
Del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII.

Tranquilo duerme, ó vaga sin objeto
 Al compás de los cantos que improvisa,
 Dulces como la miel del monte Himeto
 Que en el lejano término divisa.
 Él, de una raza de gigantes nieto,
 Su heroica tierra indiferente pisa,
 Y no guarda, indolente, en su memoria
 Ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano,
 Celosos de tus ínclitas empresas,
 El tiempo adusto y el rencor humano
 Redujeron tus templos á pavesas.
 En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
 De tu opresor envilecida besas:
 Tan excelso renombre conseguiste,
 Que á la edad y á tu infamia se resiste.

L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
 Extinguirse en tu claro firmamento;
 Puede rodar la inmensa muchedumbre
 De tus dioses, postrada y sin aliento.
 Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
 Los rumores del bosque, el mar y el viento,
 Repiten cadenciosos los gemidos
 De tus dioses olímpicos vencidos.

LI.

Vencidos, mas nó muertos. ¿ Hay alguno
Que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
Duerme en su concha Venus Citerea,
En su carro marino el dios Neptuno
Por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
Y orla Baco de pámpanos su frente.

LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
Turban nuestra memoria tus Bacantes,
Con el cabello suelto por la espalda
Y los desnudos pechos palpitantes ;
Aún vagan en silencio por la falda
Del sacro Pindo, que animaron antes,
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,
Coronadas de lauro, y mirto, y rosas.

LIII.

La rabia, en los mortales corazones,
De tus negras Euménides aún dura ;
Aún surcan tus Nereidas y Tritones
Del hondo mar la líquida llanura ;
Aún se perciben los alegros sonos
De la flauta de Pán en la espesura,
Cuando ensalza y endiosa la grandeza
De la amante y feraz Naturaleza.

LIV.

La luminosa huella de tu paso
Es estela que nunca se ha extinguido,
Y conservas tu fama, como el vaso
Guarda el aroma del licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
Resistiéndose al tiempo y al olvido,
Y de tus ricas artes los despojos
Encanto son del alma y de los ojos.

LV.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fídias, infúndele su fuego interno,
Y da á la humanidad maravillada,
De la eterna belleza el molde eterno
La piedra por el genio fecundada
Palpita á impulsos del amor materno,
Y surge de su entraña endurecida
La estatua llena de reposo y vida.

LVI.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,
Revela al mundo en prodigioso estilo
Las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero nó tranquilo,
Oye el rugir del indomable reo,
Que encadenado á la escarpada roca
Con renaciente furia le provoca.

LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
Comarca infortunada! Aunque tus días
Cortase de improviso el terremoto
Y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
De una estatua, un frontón, cenizas frías
De tu pasado, para no olvidarte,
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII.

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto
Dolor, presa de un déspota contemplo
Tanta belleza incomparable, y tanto
Recuerdo augusto, á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
El arco hendido, el derribado templo,
La columna volcada entre la hierba,
Tus hijos degradados, y tú sierva.

LIX.

¡Y ha de vivir en abyección profunda
Siglos y siglos, tu escogida raza?
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,
El fuerte escudo minervino abraza:
Para romper tu bárbara coyunda,
De Hércules toma la pujante maza,
Acostumbrada en sus fornidas manos
A rendir monstruos y á domar tiranos.

LX.

Lanzas te dén tus bosques, tus cadenas
Hierro para luchar, las tempestades
Su furor, y el recuerdo de tus penas
Odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
Tus campos tala, incendia tus ciudades,
Y si ser grande y respetada quieres,
De tí no más, la salvación esperes.

LXI.

Recuerda ¡oh Grecia! los antiguos hechos
De tus hijos magnánimos y bravos,
Y reconquista sola tus derechos
Sin fiar en latinos ni en esclavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
Cansados ya de amamantar esclavos,
Y el rayo destructor tu diestra vibre,
Que quien sabe morir, sabe ser libre.

LXII.

Así entendieron el valor, tus bellas
Y nobles hijas en la infausta rota
Con que probar quisieron las estrellas
La fe de un pueblo enérgico y patriota:
Cuando madres, esposas y doncellas,
Siguiendo en pos de la legión suliota,
Vieron, con sed inútil de venganza,
De sus deudos la bárbara mantanza.

LXIII.

El implacable Alí, de rabia ciego
Y ansioso de vengar viejos reveses,
Cayó de pronto sobre el campo griego
Como la tempestad sobre las mieses.
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
Azuzando á sus rudos albaneses,
Que cuando á la salida se previno
Le cerraban los muertos el camino.

LXIV.

Con mudo afán y punzadora pena,
Multitud de mujeres contemplaba
El brutal frenesí de aquella hiena,
Desde una roca inaccesible y brava ;
De acerbo llanto silenciosa vena
Sus lívidos semblantes inundaba,
Y ante aquel espectáculo sangriento
Ni un suspiro exhalaron ni un lamento.

LXV.

¡ Cuán mortalmente á todas de rechazo
El bronco golpe del cañón hería !
Que era el combate decisivo, el plazo
Funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño en el regazo
Maternal, inocente sonreía,
Sin comprender su desventura horrenda
Y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

LXVI.

Firmes como granítica muralla,
De sangre, y polvo, y de sudor cubiertos,
Los griegos esperaron la metralla
De su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
Contar á los vencidos por los muertos,
Que Alí no dió cuartel, ni hubo suliota
Capaz de resignarse á su derrota.

LXVII.

De pié sobre la ingente cortadura
Del agrio monte, en cuyo fondo mismo
Espumosa torrente de agua oscura,
La grandeza aumentaba del abismo,
Madres, hijas, esposas sin ventura,
Del terror en el fiero paroxismo,
Veian con atónita mirada
El término fatal de la jornada.

LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento
Que el eco repitió de cumbre en cumbre
Brotó, en la angustia del postrer momento,
De aquella estupefacta muchedumbre.
Trastornada, convulsa, sin aliento,
Prefiriendo á la torpe servidumbre
La palma del martirio victoriosa,
Y á las infamias del harén, la fosa,

LXIX.

Cual si cediese á inspiración secreta
O á ley divina, en su furor creciente
Abalanzóse hácia la enorme grieta
Que daba paso al bramador torrente.—
Todo, todo yacía en paz completa ;
La tierra muda, el cielo indiferente,
El viento adormecido, el mar en calma
¡ Qué sola está cuando padece, el alma !

LXX.

—Ay!—con acento entrecortado y hondo
Clamó una madre, de ósculos cubriendo
Al hijo de su amor:—¡ yo te respondo
De que libre serás!—Y esto diciendo,
Despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
Del voraz antro con medroso estruendo,
Y sonó un grito de ansiedad suprema,
Que era á la vez gemido y anatema.

LXXI.

Y todas, ay! en su dolor profundo,
Descompuesta la faz, con el cabello
Erizado, y la rabia, cual inmundo
Reptil, ceñida y enroscada al cuello ;
De la vida olvidadas y del mundo,
Y extinto en ellas el postrer destello
De la fe que á los míseros anima,
Dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura
 Que abrió un arroyo en la caliza roca,
 Y donde acaso en su mortal pavora
 Buscó refugio atribulada y loca,
 Sobre hermosa y dormida criatura
 Apretada la faz, boca con boca,
 Y de amarilla palidez cubierta,
 No se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,
 Todas en rueda y de la mano asidas,
 Al borde del ríscoso precipicio
 Giraron, por el vértigo impelidas.
 Al compás de su lúgubre ejercicio
 Iba el abismo devorando vidas,
 Y sacando sus víctimas la suerte
 De aquella horrible *danza de la muerte*.

LXXIV.

Eran principio y fin de su camino
 La fiebre arriba y el sepulero abajo,
 Y una tras otra en raudo remolino
 Fueron cayendo en el inmenso tajo.
 ¡Confunda Dios al déspota asesino
 Que á tan sangrienta extremidad las trajo,
 Y déle, como premio á sus hazañas,
 Hijos sin fe, y esposa sin entrañas!

LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.
Ya llegamos al puerto: ya sumisa
Da fondo en él la afortunada nave;
Columpiándose al soplo de la brisa,
Ya recoge sus alas como el ave
Que al nido llega, y con ingenua risa
Saluda el marinero eternecido,
Como el ave también, su patrio nido.

LXXVI.

¡ Feliz mil veces él! ¡ Cuán placentera
Con blando afán, en la cercana orilla
Le aguardará quizás su compañera,
Inocente como él, como él sencilla! . . .
Ay! ¿ Quién me espera á mí? . . . ¡ Grecia me espera!
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
Y mientras llore opresa y desgarrada,
Lira, ¡ déjame en paz! . . . Venga una espada!



EL VÉRTIGO.

I.

Guarneciendo de una ría
La entrada incierta y angosta ;
Sobre un peñón de la costa
Que bate el mar noche y día,
Se alza gigante y sombría
Ancha torre secular
Que un rey mandó edificar
A manera de atalaya,
Para defender la playa
Contra los riesgos del mar.

II.

Cuando viento borrascoso
Sus almenas no conmueve,
No turba el rumor más leve
La majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
Largas horas sumergido,
Y sólo se escucha el ruido
Con que los aires azota
Alguna blanca gaviota
Que tiene en la peña el nido.

III.

Mas cuando en recia batalla
El mar rebramando choca
Contra la empinada roca
Que allí le sirve de valla ;
Cuando en la enhiesta muralla
Ruge el huracán violento,
Entonces, firme en su asiento,
El castillo desafía
La salvaje sinfonía
De las olas y del viento.

IV.

Dió magnánimo el monarca
En feudo á Juan de Tabares
Las seis villas y lugares
De aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
Desde el alto parapeto,
A su yugo está sujeto,
Y en los reinos de Castilla
No hay señor de horca y cuchilla
Que no le tenga respeto.

V.

Para acrecentar sus bríos
Contra los piratas moros,
Colmóle el Rey de tesoros,
Mercedes y señoríos.
Mas cediendo á sus impíos

Pensamientos de Luzbel,
Desordenado y cruel
Roba, asuela, incendia y mata,
Y es más bárbaro pirata
Que los vencidos por él.

VI.

Pasma al mirar su serena
Faz y su blondo cabello,
Que encubra rostro tan bello
Los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
Su bronca trompa de caza,
Con mudo terror abraza
La madre al niño inocente,
Y huye medrosa la gente
Del turbión que la amenaza.

VII.

Desde su escarpada roca
Baja al indefenso llano
Con el acero en la mano
Y la blasfemia en la boca.
Excita con rabia loca
El ardor de su mesnada,
Y no cesa la algarada
Con que á los pueblos castiga
Sino cuando se fatiga
Más que su brazo, su espada.

VIII.

De condición dura y torva,
No acierta á vivir en paz,
Y como incendio voraz
Destruye cuanto le estorba.
Todo á su paso se encorva,
La súplica le exaspera,
Goza en la matanza fiera,
Y con el botín del robo
Vuelve, como hambriento lobo
A su infame madriguera.

IX.

De cuyos espesos muros,
En las noches sosegadas,
Surgen torpes carcajadas
Maldiciones y conjuros.
Con los cantares impuros
De ramera y bandidos
Salen tambien confundidos
De los hondos calabozos,
Desgarradores sollozos
Y penetrantes quejidos.

X.

Una noche, una de aquellas
Noches que alegran la vida,
En que el corazón olvida,
Sus dudas y sus querellas;
En que lucen las estrellas

Cual lámpara de un altar,
Y en que, convidando á orar,
La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar ;

XI.

Don Juan, dócil al consejo
Que en el mal le precipita,
Como el hombre que medita
Un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
Rayos sus miradas son,
Y con sorda agitación
A largos pasos recorre
De la maldecida torre
El imponente salón.

XII.

Arde el tronco de una encina
En la enorme chimenea ;
El tuero chisporrotea
Y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
Su ancha cabeza un lebrél,
En cuya lustrosa piel
Vivos destellos derrama
La roja y trémula llama
Que oscila delante de él.

XIII.

El fuego con inseguros
Rayos el hogar alumbra;
Pero deja en la penumbra
Los más apartados muros.
Hacia los lejos oscuros
La luz sus alas despliega,
Y riñen muda refriega
En el fondo húmedo y triste
La sombra que se resiste
Y la claridad que llega.

XIV.

Hosco don Juan, y arrastrado
Por su incorregible instinto,
Cruza el gótico recinto
Convulso y acelerado.
¿Qué maldad ó qué cuidado
Embarga su entendimiento?
Dijérase que el tormento
De su corazón, si fuera
El alma de aquella fiera
Capaz de remordimiento.

XV.

El odio que le avasalla,
Arrebatado y sombrío,
Tiene el ímpetu de un río
Pronto á quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla

La cólera que en él late,
Y con mil ansias combate,
Como corcel impaciente
Que á un tiempo el castigo siente
Del freno y del acicate.

XVI.

En tan solemne momento
Lucha Tabares á solas
Con las encontradas olas
De su propio pensamiento.
¿Qué busca?Cuál es su intento?
Triunfará Dios, ó Satán?
Nunca los hombres sabrán
Por qué en el cerebro humano,
Como en el hondo oceano
Las olas vienen y van.

XVII.

En vano á vencerse prueba,
Y con fuerza prodigiosa
Vuelve la pesada losa
Que abre paso á oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
Un grueso leño encendido,
Y arrójase enfurecido
Por aquella negra entrada,
Lanzando una carcajada
Doliente como un gemido.

XVIII.

Alza el lebrél, que dormita,
La noble cabeza, el sueño
Sacude, y en pos del dueño
Gruñendo se precipita.
Don Juan, con ira inaudita,
Marcha como un torbellino,
Y va saltando sin tino
Uno tras otro escalón,
Entre el humo del tisón
Con que alumbra su camino.

XIX.

Al fondo del antro baja,
Y con sus puños de hieirro,
De un triste y lóbrego encierro
El postigo desencaja.
Yace postrado en la paja
Un sér miserable y ruin,
Que recelando su fin
Azorado se incorpora,
Y con voz conmovedora
Grita :—¿ Qué quieres, Caín ?—

XX.

Don Juan insensible y duro
La vista en torno pasea,
Y fija la humosa tea
En una grieta del muro.
— Luis — le responde — te juro

Que te engaña el corazón,
 Pues no tengo la intención
 De arrebatarte la vida,
 Como á una fiera cogida
 En la trampa y á traición.—

XXI.

—Qué pretendes, pués?—exclama
 Don Luis, tendiendo los brazos:—
 ¿Quieres anudar los lazos
 A que la sangre nos llama?
 Si la pasión que te inflama
 En amor se convirtió,
 No te detengas, que yo
 Con alma y vida te espero.—
 Y rechazándole fiero
 Su hermano contesta:—¡Nó!

XXII.

Ya es razón que esto concluya—
 Añade falto de calma.
 —Por qué Dios me ha dado una alma
 Tan distinta de la tuya?
 Pues no hay fuerza que destruya
 El odio mortal que abrigo,
 ¿A qué, dí, cuando te hostigo,
 Con tu cariño me hieres?
 ¡Aborréceme, si quieres
 Ser generoso conmigo!

XXIII.

Luégo, con gesto feroz,
Prosigue quedo, muy quedo,
Como si tuviera miedo
De escuchar su propia voz :
—¡ Si supieras cuán atroz
Es la inquietud con que lidio !
Yo prefiero el fratricidio
Al afán que me tortura,
Porque es tal mi desventura
Que hasta tus penas envidio.

XXIV.

Te detesto, y busco en vano
Un motivo á mis rigores.
Yo, grande entre los mayores,
Con tu perdición ¿ qué gano ?—
Y don Luis replica :—Hermano,
Todo tiene sus azares :
No conmigo te compares,
Que resultarás pequeño :
Yo tus grandezas desdeño,
Y tú envidias mis pesares.—

XXV.

—Es cierto. ¡ Suerte menguada !—
Dice don Juan impaciente,
Golpeándose la frente
Con mano dura y crispada.
La bondad, jamás cansada,

De don Luis, le desespera,
Y la pasión que le altera
Desborda en el calabozo,
Con un ¡ay! mitad sollozo,
Mitad rugido de fiera.

XXVI.

Ah! no es extraño que gima
De su angustia en el exceso,
Como el titán bajo el peso
Del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
Su rencor vivo y profundo,
Ni que se agite iracundo
Con más ímpetu quizás,
Porque á veces pesa más
Un pensamiento que un mundo.

XXVII.

De su voluntad no es dueño,
Como el alma pecadora
A quien asalta á deshora
Su culpa en forma de sueño.
Intenta con loco empeño
Vencer su ansiedad sombría,
Y exclama con voz tan fría
Cual la punta de una daga :
—¡ Esta sed sólo se apaga
Con tu sangre ó con la mía!

XXVIII.

Que el sol naciente me vea
Libre de tan grave peso !—
Y levantándose el preso,
Dice resignado :—Sea !—
Don Juan recoje la tea,
Y echa á andar, perdiendo el tino,
Porque el fulgor mortecino
Que el seco leño despide,
Tan sólo á trechos divide
Las tinieblas del camino.

XXIX.

El uno del otro en pos
Van con paso mal seguro,
Por el subterráneo oscuro
Abandonados de Dios.
El lebrel entre los dos
Sobresaltado camina,
Y por la lóbrega mina
Llegan al viejo portillo
Que á un lado tiene el castillo
Del peñón en que domina.

XXX.

El soldado que la puerta
Por fuera guarda y defiende,
Absorto el paso suspende
Viéndola de pronto abierta.
Lejanas voces de alerta

Turban la noche callada,
 Y con frase entrecortada
 Por el ardor que le agita,
 Don Juan avanzando grita,
 —¡ Eh, malsín ! Dáme tu espada.—

XXXI.

Resistir quiere el soldado,
 Y el monstruo entonces golpea
 Con la resinosa tea
 La faz del desventurado.
 Por el dolor trastornado
 Cae el centinela inerte.
 —Toma para defenderte
 De ese menguado el acero—
 Prorrumpe don Juan,—pues quiero
 Morir ó darte la muerte.—

XXXII.

Airado al ver tal acción,
 Responde don Luis :—Lo tomo
 Para clavarlo hasta el pomo
 En tu infame corazón.
 Por tan bárbara traición
 Te matara una y cien veces.—
 —¡ Gracias á Dios que apareces
 Tal como yo te quería !—
 Clama con sorda alegría
 Su hermano ; —¡ ya me aborreces !—

XXXIII.

El frío intenso y tenaz
Calma pronto la zozobra
De Don Luis, que al fin recobra
Su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz
El recuerdo santo y tierno
De aquellas noches de invierno
En que al amparo de Dios,
Juntos oraban los dos
En el regazo materno.

XXXIV.

Y compara aquellos años
De inocencia y bienandanza,
Tan henchidos de esperanza
Como desnudos de engaños,
Con los martirios y daños
Que ha sufrido entre cerrojos ;
Y ante los duros enojos
De aquel á quien tanto quiso,
Siente llegar de improviso
Las lágrimas á sus ojos.

XXXV.

Don Juan, que ya no refrena
Sus iras, marcha adelante
Revelando en su semblante
La pasión que le enajena.
Yace la noche serena

En vago adormecimiento ;
La luna en el firmamento
Sin celajes resplandece,
Y hay tal calma, que parece
Como aletargado el viento.

XXXVI.

Cuando á desatarse empieza
La tempestad en el alma;
¡Qué insoportable es tu calma,
Oh madre naturaleza !
Nunca á la humana tristeza
Das el ansiado consuelo,
Y en los momentos de duelo
Nuestra pena es más aguda,
Bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo.

XXXVII.

Atravesando un pinar
Llegan, tras breve jornada,
A una planicie situada
Entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
La paz del estéril llano :
Sólo del ronco oceano,
Que con los peñascos lucha,
El sordo rumor se escucha
Como un gemido lejano.

XXXVIII.

Todo en el ama despierta
Un vago afán misterioso ;
El infinito reposo
De la llanura desierta ;
La luz sin color y muerta,
Que inunda el diáfano ambiente ;
Los ecos del mar rugiente,
Y el ladrido prolongado
Con que el lebrél erizado
La catástrofe presente.

XXXIX.

Hay en la vasta llanura
Un tronco seco y sin ramas,
Despojado por las llamas
De su pompa y su hermosura.
De la escarcha la blancura,
Le da un tinte funerario,
Pues se eleva solitario
Ennegrecido y escueto,
Como gigante esqueleto
Bajo su roto sudario.

XL.

Don Juan, que la marcha guía,
Detiéndose allí, desnuda
Su espada, y con voz sañuda
Clama :—Tu vida ó la mía !—
En actitud grave y fría

Ante él su hermano se para
 Y mirando cara á cara
 A su opresor :—Esō esperas ?—
 Le dice ;—¿ qué más quisieras
 Sino que yo te matara ?

XLI.

Hiere, si intentas herir ;
 El golpe aguardo sereno,
 Que yo, en cambio, te condeno
 Al tormento de vivir.
 ¿ A dónde podrás huir
 Que no te alcance el castigo ?
 Te darán, en vano, abrigo
 Otros climas y otras playas,
 Pues donde quiera que vayas
 Irá tu crimen contigo.—

XLII.

—Mi crimen !—ruge don Juan,
 —¿ Por Cristo, que es brava idea !—
 Y en sus ojos centellea
 La cólera de Satán.
 —Cuando suelto el huracán
 Rompe, arrolla y desbarata,
 Sólo alguna alma insensata,
 En momento tan aciago,
 Culpa al viento del estrago,
 Y no á Dios, que le desata.

XLIII.

Desde el día en que nací—
Añade airado y convulso—
Obedezco á extraño impulso,
Y no soy dueño de mí.
Lucha, pues arma te dí
Para ganar la partida,
Que si en la lid fratricida
No cpones el hierro al hierro,
Juro á Dios que como á un perro
Voy á arrancarte la vida.—

XLIV.

—Hazlo!—contesta su hermano—
A tus instintos me entrego,
Pues no detendrá mi ruego
Los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será ¡oh tirano!
Tu expiación más tremenda,
Y rompo la espada, en prenda
De que no quiero cobarde,
Ni piedad que me resguarde,
Ni acero que me defienda.—

XLV.

Dice, y quebrando después
La bruñida y sutil hoja
En dos pedazos, la arroja
De su verdugo á los pies.
Avanza tranquilo, y es

Su porte grave y austero.
 —Guarde cada cual su fuero—
 Exclama—y ya que es tu síno,
 Mata como un asesino,
 Mas no como un caballero.—

XLVI.

Don Juan vacila un instante :
 Con su conciencia batalla ;
 Pero al fin la envidia estalla
 Más soberbia y más pujante.
 —Imbécil! recojo el guante,—
 Grita con áspero tono ;
 Y arrastrado por su encono,
 Contra el desdichado cierra,
 Que cae exánime en tierra
 Exclamando :—; Te perdono !—

XLVII.

¿ Cómo expresar el horror
 De aquella escena de muerte ?
 La víctima yace inerte
 A los piés del matador.
 Con su pálido fulgor
 La luna alumbra al caído ;
 El lebrél, enardecido,
 La hirviente sangre olfatea,
 Y se revuelve, rastrea,
 Y rompe en lúgubre aullido.

XLVIII.

Don Juan se detiene adusto,
El asombro en él se pinta,
Y la espada en sangre tinta
Cae de su puño robusto.
Los ojos vuelve con susto,
Horror se inspira á sí mismo,
Y cercano al paroxismo
Se retuerce y desespera,
Como si rodando fuera
Hácia el fondo de un abismo.

XLIX.

Tierra, mar y firmamento,
Cuanto huella y cuanto mira,
Todo en torno suyo gira
Con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento
De mortal incertidumbre
Y la inmensa muchedumbre
De visiones que le asalta,
Ondula, bulle, resalta,
Entre círculos de lumbre.

L.

Su razón se turba, un velo
De sangre anubla sus ojos,
Y cubren vapores rojos
El mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo

Lanza un grito de agonía,
Y huye como res bravía
Cuando de pronto á su oído
Llega el ardiente latido
De la furiosa jauría.

LI.

Corre, corre, y corre en vano,
Porque cuanto más avanza
Más cerca á mirar alcanza
El cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
Y ve con ansia cruel
Los ojos del nuevo Abel
De eterna sombra cubiertos,
Siempre fijos, siempre abiertos,
Siempre clavados en él.

LII.

Nunca el torpe matador
De su víctima se aleja,
Y el miedo ver no le deja
Que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
De sus maldades el fruto :
Que á veces Dios, en tributo
A su justicia ofendida,
Todo el dolor de una vida
Reconcentra en un minuto.

LIII.

Su ronda desesperada
Signe con bronco resuello,
Puesto de punta el cabello
Y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
Apenas el suelo toca,
Y cuanto más en su loca
Carrera el triste se ofusca,
Más le estrecha, más le busca,
Más el muerto le provoca.

LIV.

Precipítase sin tino,
Y aumentando sus terrores,
Los espectros vengadores
Le acosan en el camino.
Gira como un remolino
Sin detenerse jamás,
Y va ciego, y cuanto más
Huye, ve más espantado
El cadáver siempre al lado
Y el lebrél siempre detrás.

LV.

Nada su pavor mitiga,
Y su marcha abrumadora
Se prolonga hora tras hora
Sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le hostiga

Con creciente frenesí
Hasta que fuera de sí,
Crispado, lívidō, yerto,
Se desploma junto al muerto
Gritando: ¡ Infeliz de mí !

LVI.

Cuando su manto repliega
La triste noche sombría,
Tres muertos alumbrā el día
En la solitaria vega:
Don Luis, que en sangre se anega
Y yace en tranquilo sueño;
Don Juan, cuyo torvo ceño
Muestra su angustia final;
Y el lebrel, noble y leal,
Tendido á los piés del dueño.

LVII.

¡ Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo
Que no dejas sin castigo
Ningun crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida!
Mas ¿ quién sacude tu yugo?
Al sumo Hacedor le plugo
Que á solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.

LA SELVA OSCURA.

CANTO I.

DANTE.

*Al bajar la pendiente de la vida,
Me hallé de pronto en una selva oscura,
Agreste y sin vereda conocida*

Turbado y lleno de mortal pavora,
Seguí marchando á tientas y sin tino
Al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,
Las hojas de los árboles movía
Y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía
Que con las mustias y amarillas hojas
Llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas
De mis desnudos piés ensangrentados,
Y avanzando entre sustos y congojas,

Intenté ver si por opuestos lados
Fácil salida al laberinto hallaba,
Y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba
Iba siendo su aspecto más salvaje,
Y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje,
Hiriéndome al pasar con golpe duro,
Me arrancó sordo grito de coraje,

Sin que templaran mi dolor agudo
Ni el silencioso bosque, ni el sombrío
Cielo, ni el eco á mis clamores mudo!

Asaltóme el terror, y á pesar mío
Volcóse mi asombrado pensamiento,
Como se vuelca el ánfora de un río,

Poblando en su febril desbordamiento,
De monstruos la espesísima arboleda
Y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda
Fijo en el alma, del tropel liviano
Iluminaba la bullente rueda,

Cual la luz que en las noches de verano
Serpentea con lívido destello
Sobre la sepultura y el pantano,

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello
Y conturbó mi juicio de tal modo,
Que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
Y acometido por las sombras, iba
Tropezando do quier como un beodo,

Hasta pue al fin, agitación tan viva
Rindió mis fuerzas y caí, cual duro
Roble, que el huracan troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
Postrado estuve y frío como el hielo,
Inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí, con hondo anhelo,
Desesperando del auxilio humano,
Alcé los brazos y la vista al cielo ;

Que busqué en mi memoria de cristiano
La fe de mi piadosa adolescencia,
Y que pugué por alcanzarla en vano.

¡ Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,
De candorosas ilusiones lleno
En tu infinita y pura transparencia !

¡ Oh cielo azul, espléndido y sereno,
Patria inmortal del ánimo que aspira
A dilatarse en tu profundo seno !

¡Cuánto has cambiado para mí! . . . ¡Mentira!
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera
Es del color del alma que la mira!

—¿Por qué se asusta el ave pasajera
Que con vuelo imprudente y atrevido
A incógnita región partió ligera,

Si cuando torna al bosque en que ha nacido,
Tal vez arrepentida y fatigada,
No encuentra ya su abandonado nido?—

De pronto, traspasando la enramada
Sin conmover las hojas, como suave
Rayo de luna en noche sosegada,

Llegó un anciano á mí pausado y grave,
Mostrando la serena compostura
Que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura
El lauro de oro en la anchurosa frente,
Y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
De quien no cede á la pasión tirana,
Ni el torpe miedo del peligro siente,

Rasgando con su vista soberana
La densa oscuridad, como avezado
A penetrar en la conciencia humana

Y á ver hasta en el pecho más cerrado
La insomne incertidumbre del delito
Y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
En su semblante rígido y severo
Por las vigiliás y el dolor marchito ;

Cuando animar con mis memorias quiero,
Si no la noble imágen, el esbozo
De aquella ilustre sombra que venero :

De boca reprimida, extraña al gozo,
Como empeñada en detener el paso
A justa maldición y hondo sollozo ;

De aguileña nariz, de rostro raso
Y enjuto, de mirada penetrante
Como una espada, y tan temida acaso.

Lleno de admiración vÍle delante
De mí, lloré, con voz conmovedora
Grité, cayendo prosternado :—¡ Oh Dante !—

Y á este nombre la turba aterradora
De fantasmas huyó, cual los insanos
Sueños al leve rayo de la aurora.

—Señor—tendiendo las crispadas manos
Exclamé con afán ;—préstame auxilio,
Que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

—Haré por tí cuanto en mi largo exilio—
Me contestó con reposado acento—
Hizo por mí la sombra de Virgilio.

Será grande y terrible tu tormento
Antes que el sol á iluminarte vuelva,
Porque aquí se desgarrá el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva
La sentencia fatal de que en la vida
Todos pasamos por la *oscura selva*.

¡ Todos pasamos, sí ! Y es, á medida
Que de su freno la razón se exime,
Más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
Aquí se llora sangre, aquí el quebranto
De las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
Ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
Ni las medrosas avecillas canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes
Bajo el tremendo golpe de la pena
Crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,
Hiel el agua que bebes ; aquí el hombre
Llega á dudar de Dios, y se condena.—

—Oh!—receloso pregunté:—¿ qué nombre
Tiene esta horrible selva en que me veo?
¿ A dó podré mirar que no me asombre?—

Y cuando así expresaba mi deseo,
Sentíme herido de terror extraño,
Como en presencia de su juez el reo.

—¿ No has conocido ya para tu daño—
Respondióme el Maestro—que caminas
Por la selva mortal del desengaño?

¿ No te lo han revelado las espigas
Que ensangrientan tus piés, y el grave peso
De los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
Las jóvenes y alegres ilusiones
Impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
Aduerman tu virtud, ni con infames
Halagos dén calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
El llanto acerbo que tu rostro escalda.
¡ Huyeron! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
De la vejez, impuras meretrices,
Todas nos vuelven con desdén la espalda.

Ay! Bienaventurados y felices
Los que al llegar al término forzoso
Que con estéril cólera maldices ;

Cuando por todas partes el frondoso
Bosque, sus pasos embaraza y cierra,
Y no encuentran la dicha ni el reposo ;

Cuando, como despojos de la guerra,
Van dejando en la linde del camino
Las breves alegrías de la tierra,

Y el hombre, fatigado peregrino,
Hacia el negro sepulcro avanza á oscuras
Sin saber donde va, ni porqué vino ;

No pierden en las agrias cortaduras
Del escabroso monte de la vida,
Sino sus miserables vestiduras,

Y llevan hasta el fin de la partida
La luz, que el mundo al infortunio niega,
En su propia conciencia recogida !

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
A la insaciable duda, con su escaso
Fulgor, si no lo alumbraba, no le ciega,

Y semejante al sol en el ocaso,
No esparce ya la claridad del día,
Pero á la negra noche estorba el paso.

Tenne es su resplandor ; mas él nos guía
Cuando abatido el corazón despierta
En la intrincada y azarosa vía.

¡ Triste de aquel que á conservar no acierta
Viva esa luz, y arrastra desolado
Al través de la vida el alma muerta !

Que es como el asesino condenado
A marchar siempre, en lobreguez envuelto,
Con su inocente víctima cargado.—

—¡ Oh Dante !—preguntéle apenas vuelto
De mi estupor.—Y tu pasión, aún vive ?—
—¡ Vive, y no morirá !—dijo resuelto.

Con mayor fuerza su impresión recibe
Mi espíritu inmortal, hoy que no siente
Deleznable interés que le cautive.—

Dijo, dobló la pensativa frente,
Guardó silencio, y sin hablar marchámos
Largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
De corpulentos árboles se abrían,
Y sin molestia ni dolor pasámos.

Pero después con ímpetu volvían
A entrelazarse como espesa malla,
Y dijérase á veces que gemían,

O que surgía de la inculta valla
Que tras nosotros se cerraba, el ruido
Temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido
Clamó alzando la frente: — ¡ Oh casto sueño,
Nunca logrado y siempre perseguido !

¡ Oh Beatriz, que con tenaz empeño
Busco en vida y en muerte ! ¡ Oh tú, que fuiste
Y serás siempre mi imposible dueño !

¿ Quién á su encanto celestial resiste ?
¿ Quién, sin amarla y someterse, mira
Su faz á un tiempo esplendorosa y triste ?

¿ Quién por volver á verla no suspira ?
¿ Cómo olvidar su pudibunda sombra
Si ante mí sin cesar irradia y gira ?

Cuando la humana confusión me asombra
Y vacila mi fe, su imagen bella
Con angélica voz me alienta y nombra,

Y vamos ambos por la misma huella
Los círculos celestes recorriendo,
Ella en pos de la luz, y yo tras ella.

— Padre — dije : — perdona si pretendo
Penetrar atrevido el hondo arcano
De esa inmortal pasión que no comprendo,

Unió tu sentimiento soberano
Las excelencias del amor divino
Y las miserias del amor humano.

A una mujer te encadenó tu síno
Y extático la amaste, hasta el momento
En que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento ;
Pero al perder su túnica terrena
Hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la visión que te enajena
Con incansable afán ; mas ¿ de qué modo
Obra en tí la pasión ? ¿ Es gozo ? ¿ Es pena ?

¿ Amas la carne vil ? ¿ Amas el lodo ?
¿ O bien la esencia incorruptible y santa
Del alma libre ?—Y respondiíme :—¡ Todo !

La eterna aspiración que nos encanta
Y llega á Dios como impalpable nube,
Del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
Nuestro dolor, en busca de consuelo,
A las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
A la excelsa región de la esperanza,
Es la nostalgia mística del cielo.

— Señor — repuse : — mi razón no alcanza
A entender los misterios que me dices,
Y más se ofusca cuanto más avanza.

— Sabrás, sin que tu ingenio martirices,
Lo que tu mente conocer no pudo.—
Y así hablando, sentóse en las raíces

Salientes y rugosas de un desnudo
Tronco, fantasma de la selva umbría,
Ante el cual desbordado, pero mudo,
Ancho río de lágrimas corría.

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo
En más prósperos tiempos y lugares
Dante Alighieri suspirando, dijo :

— ¡ Recordar es vivir ! Paternos lares,
Sueños de amor, quiméricos anhelos,
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambición, traidores celos,
Sorda inquietud del alma que se pierde
Sin hallar el camino de los cielos ;

Horas de insomnio en que voraz nos muerde
La duda el corazón, breve alegría,
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
Por el humano mar embravecido,
Desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante,
Si deja tras sus pasos el olvido?

Ay! Ya que ignore el pobre navegante
El puerto á donde vá, conozca al menos
Los que ha tocado, náufrago y errante.

En los dias alegres y serenos
De mi fugaz y hermosa primavera,
A la malicia y el engaño ajenos,

Fué cuando Beatriz, que también era
Niña inocente, en noble hogar nacida,
Rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
Pudo unirnos con lazo tan estrecho
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
Como resguarda á la ciudad el muro
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro
Inexpugnable, misterioso y santo,
Cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto
De una pasión, en la niñez ignota,
Y cómo en nuestras almas creció tanto ?

¿No viste el manantial que gota á gota
La peña horada, y rumoroso emprende
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que descende,
Hasta que al fin con desatado brío
Por la vega sus márgenes extiende ?

Pues decir puedo que su amor y el mío
Aumentaron también con la distancia,
Como el arroyo al trasformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
Encerró mi ventura, como encierra
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
A tan grata ilusión, que desde el cielo
Amándonos bajámos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
Negro como la noche, la memoria
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria
Por nuestro valle de dolor, olvidan
Su Edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan
En un mismo recuerdo, y se den cuenta
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
Las sombras de su mente, como el rayo
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
En plena luz, desde la excelsa cumbre
A do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,
Y sé que fuimos al cruzar el mundo
Como dos chispas de una misma lumbre.

¿ Dónde amor más patético y profundo
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
Tan tímido, callado y pudibundo ?

Siempre mi pensamiento confundido
Llegó sin voz hasta los piés de aquella
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamas oyó la cándida doncella
Concepto alguno, que asomar los rojos
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
Mis secretas zozobras expresaba
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
De ruin temor, se aventurase al ruego,
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
Ante la majestad de su hermosura
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después, cuando la noche oscura,
De rutilantes astros coronada,
Excitaba mi fiebre y mi locura ;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada
Fija en el ancho espacio tenebroso,
Do esplendía la imagen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo
Lenitivo á mi mal, ¡ cuán tristes quejas
Exhalaba mi pecho congojoso !

Como al panal acuden las abejas,
Volaban á Beatriz mis pensamientos
Al través de los muros y las rejas,

Y en la noche callada, en los momentos
En que soltaba sus cabellos de oro,
Turbaban su quietud vagos acentos,

Era quizás que en invisible coro
Mis ardientes suspiros á su lado
Revolaban diciéndole—¡ Te adoro!—

Alguna vez en mi infeliz estado
La voz del corazón secreta y honda,
Gritábame—¡ Valor! que eres amado ;

Mas no cobarde tu pasión se esconda,
Ni quieras que la virgen inocente
A tu silencio, impúdica, responda.—

Entonces, llena de ilusión la mente,
De Beatriz á la mansión cercana
Animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pié de su ventana,
Confuso y sin valor retrocedía
Diciendo—¡ Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día
Para mi amor, que atormentado y preso
En mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
Se fundieran en éxtasis divino
Nuestras dos existencias en un beso.

Mas, ay! que un día inesperado vino
A dejarme la muerte pavorosa
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
Que formaron en hora afortunada
La nieve en competencia con la rosa ;

Aquella casta frente, urna sagrada
De virtud y de amor ; aquellos ojos
Claros como la luz de la alborada ;

Aquel seno gentil, aquellos rojos
Labios, que con su púdica sonrisa
Templaban el rigor de mis enojos ;

Aquella voz que trémula, indecisa,
Llegaba á mí, como lejano canto
De la noche, en las alas de la brisa ;

Todo al compás de mi abundoso llanto,
Pasó ante mí como fugaz centella,
Y aun pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
Que al trasplantarla á mundos superiores
Su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
De blanco cirio, al parecer dormida,
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida
Posé temblando un ósculo . . . ¡ el primero
Y único beso que le dí en mi vida !

Ay! cómo pude resistir al fiero
Y rudo embate de tan dura prueba,
Ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,
Mas no extinguido el corazón, es llaga
Que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
Caminaba al azar y sin concierto,
Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
Sin luz el sol, naturaleza muda,
Y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda
De todo bién, frenética se lanza
En los negros abismos de la duda.

¡ Cuán desgraciado fui! Mas ¿ dó no alcanza
La clemencia de Dios que nos envía
Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
En que arrastrado por la indócil ola
Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola
Pugnaba mi razón contra la pena
En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatriz dulce y serena
Apareció á mis ojos de improviso,
De celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
Poner fin á mi inmensa pesadumbre
Con aquella Visión del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbré
Y envuelta en su flotante vestidura,
Sin mancha como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura,
Para alumbrar mi espíritu sombrío
Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
Convulso incorporándome en el lecho,
Quise abrazarla, y abracé el vacío,

Y de su imagen al través, deshecho
En un raudal de lágrimas, tres veces
Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,
—Exclamó la Visión—volvete anhela
El perdido reposo que apeteces,

Y torno á tí, como afanosa vuela
El ave errante al silencioso nido
Donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
Pensando en tu aficción, triste mi estancia,
Y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,
Que no pudieron quebrantar la suerte,
Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

Como en debido premio acudo á verte,
Y por orden altísima te digo
Que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo
Tu espíritu gigante, y por do quiera
Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
—¡Avanza!—te diré—que el bien nos guía:—
Y cuando empieces á dudar—¡Espera!—

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
Subirá más, porque tendrá dos alas
Para elevarse á Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,
Seré tu esposa mística, y mi mano
Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano
Tu mente llegará donde no pudo
Llegar jamás el pensamiento humano,

Y unida á tí por invisible nudo,
En las recias batallas de la vida
Tú la espada serás, y yo el escudo.—

Esto dijo, y su voz siempre querida
Vibró en mi corazón como las notas
De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
Sentí al impulso de su acento tierno
Las ligaduras de mi carne rotas,

Y trasasé las puertas del *Infierno*,
Y con espanto ví de los precitos
La fiera angustia y el suplicio eterno:

Y horripilado percibí los gritos
Que arrancaba á las almas pecadoras
La tremenda expiación de sus delitos

Y cuando en aquel antro sin auroras,
Cerrado para siempre á la esperanza,
Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza
Sujetaba mis piés, ó el terror ciego
Que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
El nombre de Beatriz, romper me hacía
Olas de sangre y límites de fuego,

Mas no tan sólo en la región sombría
Del llanto penetré: siempre guiado
Por mis sueños de amor y poesía,

Subí también al círculo apartado
Donde las almas con ferviente anhelo
Esperan el perdón de su pecado;

Y lejos ya de la mansión del duelo,
Visité, libre de temor impuro,
Las esferas espléndidas del cielo.—

Dijo Dante, y alzándose del duro
Tronco, emprendió de nuevo la jornada
Con ánimo resuelto y pié seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
Con el mudo tropel de mis ideas,
Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó:—¡ Bendita seas,
Santa ilusión que nuestra pobre vida
Dignificas, levantas y hermo seas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida
En tenebroso y perdurable encierro,
Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro
Pudo sufrir la adversidad terrena
Y no morir de angustia en el destierro,

Sostenido por tí, subí sin pena,
Pero no sin orgullo, los peldaños
Tan tristes, ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
Soporté con firmeza soberana
La injusticia de propios y de extraños.

Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
No columbrara en lontananza el puerto
Y la costa segura, aunque lejana ;

Si en medio del mundano desconcierto
No hubiese á veces mi razón confusa
Entrevisto el oasis del desierto ;

Privado de la paz que no rehusa
A las almas la fe, tú hubieras sido
; Oh desesperación! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando embebecido
Las austeras palabras del Maestro,
Mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante, más siniestro
Se presentaba, y la escabrosa ruta
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,
Salvando de improviso los abrojos
Que la boca cerraban de una gruta.

Feroz pantera, cuyos turbios ojos
Relucían inquietos en la densa
Oscuridad, como carbones rojos,

Rasgando el aire con su voz inmensa,
Cual si estuviese contra mí en acecho
Descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
Grité azorado, y á mi propio grito
Desperté, revolcándome en el lecho.

— ¡Luz, dadme luz! — clamé con infinito
Afán, con el afán del moribundo
A quien mira su culpa de hito en hito.

— Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡ Lejos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana! —
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.

CANTO I.

I.

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido. Lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos,
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo helado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II.

La ciudad descansaba. De repente
Turbó su sueño el lúgubre tañido
De la campana, que con voz sonora
Desde la torre á la oración llamando,
En sus vibrantes notas contenía
Todo el siniestro horror de aquella noche,
Negra y glacial como el ingrato olvido
De la mujer amada.

III.

Era la hora
De los maitines en el viejo templo
De Padres Agustinos. Taciturnos
Y soñolientos, la capucha vuelta
Sobre la faz rugosa, y con los brazos
En las flotantes mangas escondidos,
Por el gótico claustro del convento
Los frailes avanzaban hácia el coro.
Las moribundas lámparas que ardían
De trecho en trecho, el claustro iluminaban
Con esa claridad tibia y confusa,
Más espantable que la misma sombra,
Y allá lejos, muy lejos, en el punto
Do se perdían sus inciertos rayos,
— Como en el lapso, perceptible apenas,
En que la luz crepuscular se extingue
Y cede el paso á las nocturnas horas —
Próximo al muro, toseo crucifijo
De colosal tamaño descollaba,
Despertando en el alma esos terrores
Vanos, pero invencibles, que el silencio
Forja en la oscura soledad.

IV.

El claustro
Quedó poco después desierto y mudo,
Y entonces un humilde religioso
De su celda salió. Cual si cediese
A irresistible impulso, ante la imagen

Del Santo Redentor, que en la penumbra
Sus enclavados brazos extendía,
Con sorda agitación cayó de hinojos ;
Ronco gemido levantó su pecho,
Como levanta las dormidas olas
Del mar la tempestad ; copioso llanto
Rodó por sus mejillas descarnadas,
Y reclinando en la marmórea piedra
Su demacrado rostro, oró un momento.

V.

El preludeo del órgano, inseguro,
Débil y torpe cual la voz del niño
Que la palabra indómita balbuce,
Súbitamente interrumpió el reposo
Del sagrado retiro, y la profunda
Contemplación del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
El caminante su nevada capa
Cuando al hogar hospitalario llega,
Y arrojando de sí los pertinaces
Recuerdos, suspiró, besó contrito
La helada losa, y penetró en el coro.

VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara
Con fe devota, y ocupó su asiento
En la esbelta y tallada sillería
Donde esculpió la primorosa mano
De hábil artista el trágico poema

De nuestra santa Redención. La roja
Y amortiguada llama de los cirios,
Que junto al facistol se consumían
Con áspero y tenaz chisporroteo,
Alumbraba la angusta eceremonia.
El órgano hasta entonces vacilante,
Rompió, como ruidosa catarata,
En raudales de mística armonía,
Y cual aves que salen de sus nidos
Al llamarlas el sol, ágiles notas
En tropel la alta bóveda inundaron,
Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.
Después el rezo comenzó.

VII.

¿Quién oye
Sin alterarse, el recogido acento,
El unísono cántico que elevan
A Dios las almas puras, olvidadas
Del mundo y de sus locas vanidades?
¿Quién no siente de lágrimas henchidos
Los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece
Cuando en la nave colosal retumba
Con la terrible majestad del trueno,
Ese coro magnífico y sublime,
Mitad imprecación, mitad sollozo,
En que parece que palpita y llora
Abrazado el dolor á la esperanza,
Como un esposo al cuerpo inanimado
De la mujer á quien amó rendido!

VIII.

Los salmos de David son como el viento,
 Que apacible y sutil el campo orea,
 Grana la miés, y en melodiosas arpas
 Los corpulentos árboles convierte.
 Mas luégo fiero y desatado troncha
 Los más robustos troncos, las campiñas
 Y los poblados tala, hincha los mares
 Revolviendo las olas, y el espacio
 Con sus bramidos espantosos llena.
 También el canto del salterio enjuga
 El lloro acerbo, vierte en las heridas
 Consoladores bálsamos, conforta
 Al débil, da vigor al oprimido,
 Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla
 En sus tremendas notas el enojo!
 ¡Ay, si el céfiro blando se transforma
 En huracán desenfrenado! Entonces
 Abate á los soberbios, aniquila
 La maldad orgullosa, y hasta avienta
 El olvidado polvo de las tumbas.
 ¡Oh canto de piedad y de castigo!
 Por tus sacros versículos parece
 Como que escucha el ánimo suspenso
 Rodar todo el estrépito del mundo:
 Tronos que se desploman, muchedumbres
 Que arrastra la pasión, sordo rugido
 De la plebe sin Dios, desesperadas
 Blasfemias, estertores de la muerte,
 Todo en el arpa del Profeta vibra.
 — Es como el mar la humanidad: ni calla

Ni se detiene. En su perpetuo curso
Cada generación lanza su queja,
Como cada ola su rumor. Furioso
El vértigo del tiempo la arrebata,
Y clama sin cesar de siglo en siglo :
— ¡ Misericordia, oh Dios, misericordia !
¿ Concentran, ay ! los inspirados salmos
Tan perdurable afán ?

IX.

Con impaciente
Celo, como quien busca en la plegaria
Fuerza para domar las tempestades
Del oprimido corazón, el monje
Recién llegado al religioso coro
Unió su voz entrecortada y dura.
Los que gemís en las mortales noches
De prolongado insomnio, en que vacila
La fe, se ofusca la razón, y pliega
La esperanza sus alas, como el ave
Ya próxima á espirar ; los que del fondo
Del pensamiento, en tan horribles horas,
Sentís nacer la alborotada idea,
Grande como Luzbel, como él impía,
Tentadora y rebelde ; los que en lucha
Tenaz con la conciencia amedrentada,
Veis lentamente oscurecerse el cielo
Y pasar en revuelto torbellino
Las ilusiones y creencias, una
Tras otra, cual las chispas fugitivas
De ardiente hierro sometido al yunque ;

Vosotros, ay! en el medroso acento
Y en el fervor acongojado y hondo
Con que el mísero fraile á Dios llamaba,
Sentido hubiérais palpitar la duda,
La duda insana, la ansiedad suprema
Del náufrago infeliz que, arrebatado
Por las rugientes y encrespadas olas,
Mira á lo lejos la risueña playa,
Insensible á su mal. — Mas de improviso
Calló fijando los turbados ojos
En el gótico altar, que en lo profundo
Del templo opacamente aparecía.
Y creyó ver que en la desierta nave
Como negro vapor se condensaban
Las palabras del salmo, los acordes
Armoniosos del órgano, su misma
Voz, de zozobras llena, y hasta el eco
Que resonaba en los macizos muros.
Los bíblicos lamentos, los dolientes
Ayes y los versículos sublimes
Que del coro monástico surgían,
Dijérase que en raudas espirales
Iban á hundirse en la profusa niebla,
Espesándola más. Luégo del senz
De aquella masa lóbrega, conjunto
De quejas, y suspiros, y clamores
En concertado són, cada gemido,
Cada plegaria, cada voz, cobrando
Sér, cuerpo y expresión de un pensamiento,
De una muerta memoria ó de una pena,
En mezcla tumultuosa á la mirada
Del aturdido fraile se mostraron.

X.

Poblóse la ancha bóveda de informes
Y fantásticos séres, que en horrenda,
Vertiginosa danza, en incesante
Giro, en continuo movimiento, como
Nocturnas aves por el aire vago,
Agitaban sus alas no sentidas.
Las recónditas ansias, las pasiones
Dormidas, los recuerdos importunos,
Que hasta del claustro en el retiro humilde
Rompen la paz de la existencia humana,
En la insondable sombra revivieron ;
Y cuantos vicios escondidos yacen
En lo oscuro del alma, allí en confuso
Turbión, tomando caprichosas formas,
Cruzaban cual relámpagos. La gula,
La codicia, el rencor, la hipocresía,
Larvas de humano rostro serpeaban
Con cárdeno fulgor en las tinieblas.
Y la pálida envidia, el vil recelo,
La iracunda ambición, el hondo hastío,
Monstruos disformes de aceradas garras,
Ávidas fauces y órbitas de lumbre,
Con inquieto furor se retorcían.
Como indeciso rayo de la luna
En tormentosa noche, contrastando
Con las visiones lívidas, que el miedo,
La pasión despechada, acaso el crimen
En la espantosa soledad engendran,
La fe sencilla y crédula que busca
Su patria celestial, de luz vestida,

Los tenebrosos ámbitos surcaba.
Allí la voz en que el amor profano
Se revuelve ignorado y contenido,
Como el fuego volcánico en las duras
Entrañas de la tierra, revestía
Gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil
Mostrábase al amor, desnudo el seno
Y palpitante, la febril mirada
Incitando al placer, y la entreabierta
Boca ofrecienda al corazón lascivo
Un ósculo sin fin como el deseo!
Desgreñadas orgías, imposibles
Sueños de la abstinencia, abrumadores
Votos de castidad que en las viglias
Del claustro brindan en dorada copa
A la sed de las almas hiel hirviendo,
Con satánica burla le acosaban.
Allí la pena, y el amor, y el odio
Lloraban en silencio; allí la culpa
Se destrozaba el oprimido pecho.
El gesto y la expresión de aquella hueste
De siniestras visiones daba espanto:
Lleno estaba el espacio de sollozos
Que se quebraban sin sonar; ni un grito,
Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable
Y fantástica ronda interrumpían.

XI.

El fraile, jadeante y confundido
Cual si tomara en la incesante rueda
Parte activa también, la deslumbrada

Vista alejó de la imponente nave,
 Clavándola en el suelo. Ay! Pero nunca
 Hiciera tal. Horripilante cuadro,
 Que heló su sangre, y de sudor de muerte
 Cubrió sus miembros rígidos, de pronto
 Hirió su trastornada fantasía.
 Fríos y descarnados esqueletos
 Recién salidos de sus tumbas, mudos,
 Inmóviles y absortos, con los brazos
 Tendidos, en la iglesia se agolpaban
 De espaldas al altar, mirando al coro,
 Y animaba sus mustias calaveras
 Mueca infernal, incomprensible, oscura.
 ¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto
 Era de escarnio ó de dolor? Vedado
 Está el misterio á la razón del hombre.
 ¿Quién interroga á los sepuleros? Nadie
 Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.
 ¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?
 ¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—
 ¡Esto es el mundo! El vértigo en su altura;
 Abajo, la bullente podredumbre,
 Y en el altar, la sombra.

XII.

Ante el medroso

Hormiguero de espectros, que ofuscaba
 Su juicio y su conciencia, con lamento
 Desesperado y penetrante, el monje
 Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto
 De las tinieblas virginal figura

Hermosa y fulgurante, pero triste.
Larga, enlutada túnica cubría
Sus púdicos contornos, cual celaje
Que vela el blanco disco de la luna
Sin amenguar su resplandor; sus ojos
No lanzaban las ráfagas de fuego
Que en la núbil pupila amor enciende,
Pero brillaban transparentes, puros,
Como los astros en tranquila noche
De caluroso estío; su ondulante
Y negra cabellera, en destrenzadas
Hebras por la ancha espalda descendiendo,
Con doble encanto resaltar hacía
La grave y melancólica hermosura
De la celeste aparición envuelta
En una claridad como de aurora.
Pintábase en su faz meditabunda
Y pálida el dolor; ese infinito
Dolor que azora el corazón humano
Cuando busca y no encuentra, cuando mira
Y no ve, cuando lucha y desfallece.

XIII.

Cruzando leve el círculo movable
De séres impalpables, que llenaban
La bóveda espaciosa, la serena
Visión, rompiendo el aire, entró en el coro,
Y en el respaldo del sitial labrado
En que convulso el fraile padecía
Tan tremendas angustias, silenciosa
Apoyó dulcemente el blando seno.

Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
Y al través de los párpados, más viva
La imagen percibió; sintió unos brazos
Que le estrechaban afanosos; luégo
Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo
Le helaba el corazón y le encendía
La mente; luégo penetróle el alma
Una voz regalada y cadenciosa,
Como suspiro de amorosa virgen;
Voz que, temblando, le decía: — Deja
Que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo
Podrá ya desatar? ¡Vén! Te he besado
Y ya eres mío, ¡para siempre mío! —

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*
Solemne y grave, el templo estremecía,
Y la visión radiante á cada salmo
Contestaba con otro, cual contestan
El eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

Ay! Bienaventurado
El varón que se humilla
Y no escucha el consejo del malvado,
Ni en la manchada silla
De ciegos burladores se ha sentado.

LA VISIÓN.

Si en seguirme consientes,
 Pide, y mi amor te colmará fecundo
 De dones y presentes ;
 Tuyos serán los términos del mundo
 Y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas ;
 La tentación desprecia
 Y huye de falsas y mentidas galas ;
 Que si el peligro arrecia,
 Te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISIÓN.

¿ Vacilas ? Ten aliento,
 Y no el torpe recelo te confunda ;
 Eleva el pensamiento,
 Y libre como el pájaro en el viento,
 Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso
 Por ocultos deseos, hasta entonces
 Nunca sentidos, y que el leve acento
 De la visión en su interior movía,
 Volvióse el fraile, y preguntó azorado :
 — ¿ Quién eres ? ¿ Qué pretendes ? ¿ Por qué alteras
 Mi oración y mi paz ? — No me conoces ? —
 Le respondió, atrayéndole afanosa :

—Yo soy, mírame bien, algo que vive-
Y algo que ha muerto en tí. Soy una llama
Que surge de improviso en el abismo
De tu inquieta razón. ¡Yo soy la duda! —
Al oír esto, irguióse el sacerdote,
Y acometido de mortal desmayo,
Quiso escapar de allí, mas vino á tierra
Como la encina rota por el rayo.

CANTO II.

I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,
El cuerpo de su hermano recogían
Lívido, mustio, cual si el soplo helado
De la implacable muerte hubiese roto
Su frágil existencia, el alma libre
Abandonaba su prisión oscura
Breves instantes nada más, y asida
A la flotante túnica enlutada
De la hermosa visión, llena de asombro
Se preparaba á levantar el vuelo.

II.

Del mismo modo que el metal fundido
Recibe y guarda la impresión del molde
Que inflamado y rugiente le contuvo,
El alma incorruptible conservaba

La forma corporal, y como el rayo
 De luz, que aún flota en la infinita esfera
 Después de extinto el astro esplendoroso
 De cuyo seno se escapó, la imagen
 Del sér, al mismo sér sobrevivía.

III.

Obedeciendo á superior impulso
 Como la débil hoja que arrebatada
 Aura otoñal y el remolino lleva,
 Apartóse del cuerpo inanimado
 Do refugiada estuvo, que en el coro
 Inerte y cadavérico yacía ;
 No sin fijar en él tierna mirada
 De lástima y amor.

IV.

Hasta el cautivo
 Llega á cobrar cariño á la cadena
 Que le sujeta el pié, si al duro peso
 Le acostumbran los años ; hasta el ave
 Que encarcelada y entre hierros vive,
 Cuando quebranta su prisión, la llora,
 Y sola, triste, sin amor, sin nido,
 Lamenta, agonizando, en la espesura
 Su inútil libertad. ¿ Cómo podría
 El alma desterrada, cuando vuelve
 A su patria inmortal, dejar gozosa
 Al compañero humilde que en la tierra
 Prestóle amparo y le ofreció un asilo ?

El compartió con la infeliz proscrita
Su pobre lecho, el único que pudo
Cederla en su miseria, y el escaso
Pan de sus breves alegrías; siempre
Sumiso y dócil le brindó sus ojos
Para llorar, para sentir sus nervios,
Para pensar su mente, y su palabra,
Y su sangre, y su acción; sin él la idea,
Como Titán paralizado, nunca
El monte que la agobia rompería:
Fuera un impulso sin objeto, un rayo
Del sol ahogado por la noche, un mundo
En el seno del caos. Cuando le alienta
Del entusiasmo ó de la fe la llama,
Combate sin cesar, y si es forzoso
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.
Por él tiene su mártires la angusta
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,
La caridad sus héroes, y el crimen
Sus terrores profundos; él se arroja
Sin temor, convencido ó resignado,
A las fieras del Circo, á las borrascas
Del mar, á las angustias de la vida
Y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil
Y deleznable arcilla donde mora
El alma contenida, mas no esclava!
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo
Dios, que te honró cubriendo su grandeza
Con tu envoltura material, no pudo
Separarse de tí sin hondo duelo.

V.

Por la Visión doliente conducido
El temeroso espíritu del fraile
Surcó el espacio lóbrego y callado ;
Pero en la densa oscuridad sus ojos
Incorpóreos veían, y el silencio
Para él tenía incomprensibles voces.
Descubrió de repente abrupta roca,
Cuyo invisible arranque parecía
Surgir de las entrañas del infierno,
Y cuya cima inaccesible envuelta
En sosegado piélago de lumbre,
Ni el águila, que mira de hito en hito
Del sol la intensa luz, resistiría.
El principio y el fin del escabroso
Y aislado risco á la razón humana
Le está vedado conocer ; ocultan
Las tinieblas más hórridas su base,
Y defiende su cumbre el increado
Resplandor que despide, siempre vivo.
Con lenta gradación iba creciendo,
Según subía en espiral, la llama
Profusa do la cúspide sublime
Sus ásperos contornos escondía,
Hasta llegar á ser, como la sombra,
Más que la misma sombra, impenetrable
La corona de fuego de la altura.

VI.

El alma y la visión su raudó vuelo
Abatieron, posándose en la cresta

De cortadura ingente, que rasgando
La roca escarpadísima, llegaba
Desde los lindes de la luz difusa .
A los grados más ténues de la sombra.
Y allí de pié sobre la peña escueta
Inmóviles se alzaban, como grupo
Escultural sobre columna enorme,
Cuando la tarde, al espirar, confunde
Las formas y el color.

VII.

Ambas tendieron
Hasta el confín de la penumbra inmensa
La vista audaz, desde el tajado pico
Por cuyas quiebras con fragor caían,
Como torrente de espumosas ondas,
Los siglos despeñados de la cumbre ;
E impasibles y absortas, del linaje
De Adán el rumbo incierto contemplaron.
Era la marcha fatigosa : agudas
Zarzas, angostos precipicios, tristes
Desfiladeros, páramos incultos,
Sin un arroyo límpido y sereno
En que templar la sed, sin un abrigo
Donde buscar reposo, embarazaban
La senda, que enroscándose subía
Por el agrio peñón, como escamosa
Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
Dejando impreso por do quier el rastro
Ensangrentado de sus piés desnudos,
O á cada paso en las breñosas puntas

Su desgarrada carne, aquel camino
 La humanidad seguía, y avanzaba
 Cayendo y levantando; pero siempre
 La vista fija en la inmutable lumbre
 Que irradiaba del monte.

VIII.

Horrendas luchas,
 Impensadas catástrofes y fieras
 Venganzas la diezaban de continuo.
 En tribus dividida, y en naciones,
 Y en imperios, y en razas, ¡cuántas veces
 Las tribus, las naciones, los imperios
 Y las razas enteras, cual rebaño
 Que ciego se derrumba y precipita,
 Se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas
 Desparecían por completo, como
 La débil nave que la mar sepulta!
 Todo, todo se hundía en la insondable
 VoráGINE del tiempo. Leyes, usos,
 Monumentos y gloria, hasta los mismos
 Dioses, temblando de pavor, rodaban
 Al fondo de la sima, nunca llena.

IX.

Los siglos arrollaban á los siglos
 En turbulento curso, cual las olas
 Arrollan á las olas, y su paso
 Era raudó y fugaz, que en su potente
 Fermentación, naturaleza activa

Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe
Vuelve á crear infatigable. Todo
Era efimero allí, menos el Verbo,
El luminoso Verbo, la palabra
Humana, que flotaba sobre el mundo,
Como al romperse el caos, sobre los mares
Aún mudos y dormidos, el inmenso,
Espíritu de Dios. Cuando los vastos
Imperios sucumbían; cuando el hondo
Abismo devoraba las naciones
Y las podridas razas; cuando viento
De tempestad, en polvo convertidos
Derribaba los dioses, el radiante
Verbo, sobrenadando, trasmitía
La herencia, el pensamiento y la memoria
Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X.

Pálida, sigilosa, descargando
Carteros golpes por do quier, la muerte
En pugna eterna con la vida, el aire
Envenenaba con su helado aliento,
Y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,
Iban sus hijas, la ambición, la peste,
El hambre y la discordia. Sin reposo
Sobre la humana especie revolaban,
Como bandadas de voraces buitres
Que acuden al festín de la pelea,
Y perseguían con perenne furia
La vida hasta en el átomo impalpable.
Pero extremaban su rencor en vano;

Pues cual simiente que en el fértil surco
Cae y germina, cada sér vencido
En la revuelta lid, de nuevos séres
Origen era, y parecida á Anteo,
La disuelta materia renacía
Al tocar en la tierra, más pujante,
Más rica, más espléndida, más varia.
¡ Oh generosa vida, que conviertes
Hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas
A la insaciable destrucción, la forma
Perecedera y ruin, ¡ mil veces salve !
¡ Mil veces salve ! Tu ánfora divina
Nunca se agota. Pueblas el espacio
De incalculables mundos, y los mundos
De incalculables séres, que revisten
Las más diversas formas ; tú fecundas
Lo pequeño y lo grande, lo finito
Y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡ Vida, aliento de Dios, mil veces salve !

XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca
Contemplaba el espíritu del monje
El viviente espectáculo, que apenas
Llegaba á comprender. Extrañas gentes,
De distinto color, de opuestos ritos
Y múltiples costumbres, aflúan
Al áspero sendero, como afluyen
Los ríos á la mar. Allí el etiope,
El escita, el que acampa en los desiertos
Del Africa recóndita, el que bebe

Las turbias aguas del sagrado Ganges,
El indio errante sin hogar ni patria,
Que al través de las selvas primitivas
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva ;
El que milita en la escogida hueste
De Cristo, el que le niega ó le desdora
Y da su vida en holocausto impuro
Al triunfal carro de mentidos dioses
Por el error vencido ó por el miedo,
En la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡ oh misterio incomprensible ! aquella
Varia y revuelta multitud, que á impulsos
De opuesta fe, de símbolos distintos,
Y de contrarias religiones, iba,
Siempre en interna y perdurable lucha,
El humano raudal acrecentando ;
Su afán, sus esperanzas, sus temores,
Sus pensamientos íntimos, fundía
En una sola aspiración — ¡ El cielo !
¡ Patria soñada de las almas, trono
De un Dios excelso á nuestra vista oculto,
Cuyó poder, con vibración sonora,
Celebran en la bóveda infinita
Los átomos, los mundos y los soles !

XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo
De la cuesta fragosa, do las brumas
Iban aglomerándose, las razas
Inferiores marchaban, con incierto
Paso y cobarde indecisión. Las torvas

Pasiones, los bestiales apetitos
 Y los bárbaros cultos, se imponían
 Allí en la oscuridad, que, como el fango
 Crea reptiles venenosos, crea
 La ignorancia también monstruos horribles.
 — ¡ No es, por desdicha, el fango de la mente? —

XIII.

A medida que el límite sombrío
 Iban salvando, y lentos se acercaban
 A las fronteras de la luz, aquellos
 Pueblos se engrandecían, como crece,
 Buscando el sol, la planta trepadora
 Que arraiga en la pared. Según subían
 Hacia la viva claridad, su juicio
 Se agigantaba, sacudiendo el yugo
 Del instinto brutal, y al pensamiento,
 Dominador del mar y de la tierra,
 La fuerza primogénita cedía
 Su fuero indisputado. A Esaú velludo
 Reemplazaba Jacob.

XIV.

Por el promedio
 Del agrio monte, en donde humanos ojos
 Fijarse pueden sin cegar, los pueblos
 Avanzaban de Europa; iba delante
 Roma sacerdotal, la sacra Roma,
 Que el cetro de los Césares trocando
 Por el cayado del Pastor, cual nunca

Era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
Sobre la tierra gravitó; las almas
Y los cuerpos, los muertos y los vivos,
El pensamiento y la esperanza, todo
Se doblegaba á su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
La religión fervientes defensores,
El atroz fanatismo sus verdugos,
Sus fantasmas el miedo, sus angustias
El corazón culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
Más alto que ella; su invencible signo
Sobre la áurea corona de los reyes
Se levantaba abrumador; la torre
Sobre el hogar, sobre la tierra el cielo.
¡El cielo, cuyas puertas de diamante
Se abren ó cierran á su voz! La santa
Y redentora Cruz era el amparo
Del débil, el valor del oprimido
Y el espanto del réprobo. Por ella,
Febril é insomne el déspota orgulloso
Se revolcaba en su dorado lecho;
Por ella el triste, el mísero, el desnudo
El perseguido, el siervo, abandonaban
La ingrata vida sin odiar al hombre,
Ni renegar de Dios único y trino.

XV.

Sobrecogida el alma de respeto,
Oraba, viendo la Ciudad Eterna

Que dirigía el movimiento humano
Agitarse á sus piés. Pero de pronto
Se estremeció de horror ; rojos vapores
De sangre hácia la cúspide ascendían,
Y en el aire espesándose, tomaban
De alado espectro la terrible forma.
La bestia apocalíptica que en Patmos
Vió el inspirado Juan, la bestia enorme
De hirsutos piés, de coronadas astas
Y bocas de blasfemia, sobre Roma
Se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
En la ciudad monumental y excelsa,
La iluminaba cual voraz incendio,
Y á su rojizo resplandor, los muros,
Arcos, pórticos, templos y obeliscos
Que en su recinto amontonó la gloria,
Destacábanse negros, cual si fuesen
Las calcinadas vértebras de un monstruo
Por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
La Cruz por todas partes, y por todas
La vió rota ó volcada ; parecía
Que la Ciudad adúltera en su culto
Reintegraba á los dioses decaidos.
¿ Dónde estaba Jesús ? ¿ En dónde estaba
María, madre del dolor humano
Y estrella de los mares procelosos ?
¿ En dónde estaba la verdad ? ¿ En dónde ?
La erudición infatigable ; el arte
Hermoso, pero idólatra ; la ciencia
Incrédula ó rebelde ; los deseos

Como sátiros, sueltos, se rendían
A la más ciega admiración pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
De *Moisés* bajo la austera forma
Júpiter palpitaba; la afrodita
Venus bajo las tocas virginales
De la Madre de Dios, si es que el lascivo
Pintor la imagen de su amor profano
A su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
Cuadros, los libros licenciosos, eran
Más que ornamento, escándalo y ludibrio
De la mansión pontifical; sus muros,
Donde tan sólo resonar debían
Místicas oraciones, con el coro
De vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos
De la Roma gentilica, surgiendo
De sus clásicos antros removidos,
Cual el hedor que de las tumbas sale,
Apestaban la tierra, y lentamente
Iban velando el resplandor fecundo
De la gloriosa Cruz.

XVI.

De espanto llena,
Vió el alma por los ámbitos sombríos
Hosco cruzar y lívido el espectro
Del papa Borja, con crispada mano
Sacudiendo su túnica empapada
De hirviente sangre, y vió que cada gota

En lúgubre fantasma convertida,
 Iba aumentando la legión siniestra
 De vengadorás víctimas que al monstruo
 Con sordos anatemas acosaban.
 Descubrió luégo la iracunda sombra
 Del papa Julio, de áspero semblante
 Y mirada tenaz, que revestido
 De milanesa cota y férreo casco,
 Con belicoso ardor, en lid sañuda,
 Rezaba y combatía, al propio tiempo
 Bendiciendo y matando con su espada.
 Y oyó tras esto el eco estrepitoso
 De las brutales risas con que Roma
 Acogió torpe la piedad severa
 Del pontífice Adriano, fugitivo
 Rayo de luz, que iluminó un momento
 Aquel antro de crímenes y orgías.

XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma
 Al cielo alzó las impalpables manos,
 Cayó de hinojos en la roca viva,
 Escondiendo su faz, y con acento
 Que en su conciencia resonó tan sólo
 Cual queja acusadora:—Oh! Roma!—dijo—
 ¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios?—

XVIII.

Entonces,
 Como si su patético gemido
 Diese al fantasma portentosa vida,

La visión imponente de la Duda
Creció, se irguió, se dilató cual nube
Que el claro espacio de improviso invade,
Y de sus ojos desbordó la sombra
Como una inundación ; fijó su triste
Y amorosa mirada en el confuso
Espíritu del monje, que en la dura
Y estéril peña oraba prosternado ;
Y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO III.

I.

Entregada al dolor, mientras reñían
Decisiva batalla en su conciencia
La fe imperiosa y la razón rebelde,
El alma en su actitud desconsolada
Largo rato gimió. — La interna lucha
Del pensamiento que á dudar se arroja,
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
Pero siempre es mortal. — Acrecentando
Del abatido espíritu la pena,
La voz de la visión, que, como el eco
De música lejana, dulcemente
Del pobre monje acarició el oído,
Así le habló con ritmo cadencioso :

LA VISIÓN.

Al cabo se cumplieron
Las santas profecías,
Y Babilonia impura
Esclavizó á Israel.
Pero contados tiene
La iniquidad sus días,
Y á realizarse empiezan
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
La corrupción extiende.
Estallan por do quiera
Los síntomas del mal ;
En público mercado
La salvación se vende,
Y cubre densa bruma
La Cruz pontifical.

La mano que bendice
De sangre está teñida ;
La simonía avanza
De la soberbia en pos ,
El claustro es madriguera
Donde la culpa anida,
Y de sus propias aras
Está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba
Con indignada mano
El ídolo que usurpa
Su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
Del pensamiento humano,
Y rompe de las almas
La torpe esclavitud.

Despierta las conciencias
Que embrutecidas duermen,
Y el mundo alborozado
Se postrará á tus piés.
En el profundo surco
Arroja el vivo germen,
Y los futuros siglos
Recogerán la miés.

No es digno de ser hombre
Quien en silencio llora.
¿ Por qué no se aventura
Tu firme voluntad ?
Airado busca el cielo
La espada vengadora
Que ataje la gangrena
De la presente edad.

La imprenta infatigable
Te prestará su ayuda

Contra el poder que eclipse
Los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, antes hundido
En servidumbre muda,
Por Guttemberg librado
Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
Oculto el cáncer lleva,
Y al más ligero impulso
Deshecho rodará.
Que si en la muerte sólo
La corrupción se ceba,
Todo lo que aparece
Podrido, muerto está.

Calló la voz, y el alma consternada
Sintió, vencida en interior combate,
Su fe heredada vacilar, cual suele
Peñón movable en eminente sierra
Retemblar por los vientos sacudido.
¿Ay, que no es fácil arrancar del fondo
Del corazón humano, las memorias
De la edad infantil! Sencillas preces
Que amante madre en su regazo tierno
Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?
El templo angusto do por vez primera,
Con religiosa admiración, alzámos
El pensamiento á Dios; la pila; el ara;

El Crucifijo humilde, santa herencia
De la familia, que en el trance duro
De la agonía, el postrimer aliento
De los que fueron recogió; la torre
De la natal aldea, á cuya sombra
Se cobijan los rústicos hogares,
Cual tímidos polluelos en su nido,
Bajo el ala materna; la solemne
Y monótona voz de la campana,
Que en otro tiempo al despuntar la aurora
Y al declinar la tarde, parecía
Invitarnos á orar, — dulces recuerdos
Son de la casta infancia, y sobreviven
A la extinguida fe; que puede el rayo
Echar por tierra el centenario roble,
Mas no arrancarlo de raíz.

II.

¡ Cuán fiero,
Cuán amargo es el tránsito del alma
Que deja el seno de la fe, y se acuesta
En el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
Le asaltan en montón, y son sus días
Negros como el pesar; la sed le abrasa
Y no encuentra raudal que la mitigue;
Su pensamiento es un puñal que lleva
En la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
Se niega á la oración, alza los ojos
Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio

Y muerto el eco á su clamor parece :
Es como nave náufraga perdida
En proceloso mar y noche oscura,
A punto ya de sucumbir. El triste
Y atormentado espíritu del fraile
Sintió esta angustia punzadora. En vano
Quiso escapar del riesgo : fuerte nudo
Le sujetaba al empinado risco
Cual si arraigase en él. Sobre su frente
La visión melancólica extendía
Su abrumadora diestra, á cuyo peso
La débil alma se doblaba, como
Endeble ramo bajo el propio fruto.
Con hondo horror del polvo de los siglos
Alzarse vió las osamentas rotas
De cien generaciones, que en revuelto
Y animado tropel le amenazaban,
Fijando en él sus órbitas vacías
Y gritando con ira inextinguible :
— ¡ Apóstata, traidor !

III.

Bajo el influjo
De tan contrarios sentimientos, ciega
Y trastornada el alma soñadora,
Perdió el sostén, y con pasmoso estruendo
Rodó de la alta cumbre en que se erguía
De roca en roca, como alud que baja
De inaccessible monte derrumbado,
Con ímpetu cayó no conocido
Hasta los bordes de la inmensa sombra

Que llenaba el abismo pavoroso
Bajo sus piés abierto. ¡ Oh perdurable
Y terrible caída, que recuerda
La de Luzbel desvanecido! ¡ Nunca
Llegará el alma despeñada al fondo
De la insondable sima! ¿ Tiene acaso
La duda fin y límite el anhelo? —
En vano el monje en las cortantes grietas
Buscaba apoyo, y contener quería
Su rápido descenso, como el ave
Que herida en el espacio y moribunda,
Con las últimas ansias aletea.
A la presión de su insegura mano
Las peñascos cediendo, con medroso
Estrépito tras él se desprendían,
Cual si al romper su agobiadora cárcel
El ígneo monstruo que oprimido gime
En las entrañas de la tierra, el mundo
Hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
Aglomerada por los siglos, obra
Del misterio y la fe, con ronco estrago
Se estremecía en su inmutable asiento,
Y el alma al par con las hendidas peñas
Que arrancaba de cuajo la convulsa
Revolución del monte, desolada
En la noche sin fin se sumergía.
Los enormes fragmentos de la roca
Que á su paso saltaban, impelidos
Por fuerza oculta en progresión creciente,
Ante su vista atónita tomaban
Fantásticos contornos, y en el aire

Cambiaban sin cesar. Góticos templos,
 Labrados claustros, toscas esculturas,
 Altares y sepulcros, en ruidoso
 Remolino de escombros le seguían,
 Como si el orbe todo desquiciado,
 Detrás del alma al precipicio fuera
 Llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo
 Y estéril batallar, oyó en la altura
 Una gran voz que, dominando el sordo
 Fragar de la catástrofe, clamaba :
 — ¡Vencí, vencí, vencí! ¡ La tierra es mía! —
 Al escuchar tan formidable grito,
 Que como el són de la final trompeta
 Retumbaba en la tierra y en los cielos,
 Cayó el doliente espíritu en insano
 Y profundo estupor, cerró los ojos,
 Para no ver la temerosa ruina
 Donde iba envuelto, y desde aquel instante
 Nada vió, nada oyó.

V.

Mas, ay! apenas
 Se sobrepuso á su mortal congoja,
 Preso en el cuerpo que dejó en el coro
 Abandonado como prenda inútil,
 Se halló otra vez, absorto y confundido.
 En el humilde lecho de su celda

Postrado estaba el mísero, y los monjes
Con solícito afán le rodeaban.
Incorporóse con terror, clavando
En ellos la mirada escrutadora,
Como el que, salvo del peligro, empieza
A darse cuenta de él. — ¿Dónde estoy, dónde? —
Tímido preguntó. Sereno y grave
Llegósele el Guardián: — Dad, hijo mío,
Gracias á Dios — le respondió apacible —
Que os apartó del borde de la fosa.
Habeis estado como muerto. — ¡ Y muerto
Estuve! ¡ oh Padre! — el infeliz repuso —
¡ Ya no soy lo que fui! Pesa en mis hombros
La grosera cogulla, y me avergüenza
Mi antigua sumisión. ¡ Rompo mis lazos!
¡ Cobro mi libertad! ¡ Nazco á la vida!
— ¡ Calla, blasfemo! — el superior gritóle
Con alterada voz, mientras dudosos
Los frailes se alejaban repitiendo:
— ¡ Loco debe de estar! — Mudo y sombrío
Inclinó el triste la rugosa frente
Y quedó en su dolor como abismado.
Hasta que al fin alzando de improviso
La vista hácia el Guardián, que al pié del lecho
Con paterna inquietud le contemplaba,
— ¡ Padre, — le dijo — el hábito me quema
Y le arranco de mí! ¡ Dios me ilumina! —
Despavorido y trémulo el anciano
Con voz entrecortada por el lloro,
— ¿ Qué intentas, dí? — le preguntó. — Y el fraile
Irguiendo la cabeza en són de lucha,
— ¡ Vencer á Roma! — contestó. — ¡ Eso quiero! —

El venerable religioso entonces
Tendió sobre él la mano temblorosa
Y con torvo ademán gritó:— Anatema!
Ya que indomable orgullo te desliga
De nuestra santa fe, siglos y siglos
La maldición del cielo te persiga!



LA PESCA.

I.

¡ Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡ Oh mar! como si oyera
La abrumadora voz de lo infinito,
Ha despertado en la conciencia mía
Honda melancolía,
Tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio :
El poderoso imperio
Que la tierra asoló con sus batallas ;
Hasta los dioses que de polo á polo
Temidos son ; tú sólo
Sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento
Sube tu ronco acento,
Y cuando revolviéndote en ti mismo
Ruges furioso, en tus entrañas late
El horror del combate
Que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
El pensamiento humano
Como tú grande, como tú profundo,
Que alzando sin cesar su voz de trueno,
Forja en su ardiente seno
Las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes! . . .
¿Qué hiciste de las naves
Con que surcó tu inmensidad, la aciaga
Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Como el mortal olvido
Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo parece en ti sin dejar huella :
El barco que se estrella
Contra el peñón, la armada que devoras,
Los continentes que iracundo invades,
Las sordas tempestades
Que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinás,
Mantiene en pié las ruinas
Que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas :
Por ti pueblos y razas
Como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
Sólo tu voz resistió :
Tu acento fué, como clamor de guerra,
El que la humanidad oyó primero,
¡ Ay ! y será el postrero
Que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
Y abismas en tus olas
La insolencia del fuerte á quien humillas,
Mi espíritu conturbas y enajenas
Con las tristes escenas
Que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
Que con recio oleaje
El cantábrico mar bate y socava,
Al través de los árboles blanquea
Casi ignorada aldea,
Sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
Que sacudiendo en vano
La roca estéril sin cesar se agita,
El horizonte corta y se alza enhiesta
Sobre la calva cresta
Del picacho granítico, una ermita.

XII.

¡ Con qué placer la gente pescadora,
Que al despuntar la aurora
Por entre escollos á la mar se lanza,
Del sol poniente al último vislumbre,
Ve lucir en la cumbre
Aquel faro de amor y de esperanza !

XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,
Torna á los patrios lares
El marinero audaz ¡ con qué alegría,
Con qué ferviente fe, descalzo y roto,
Corre á colgar su voto
En aquel pobre templo de María !

XIV.

¡ María ! que del piélago y del alma
Las tempestades calma ;
Que recoge en sus brazos y consuela
Al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo á toda herida,
Puerto á toda afición. ¡ *Maris stella !*

XV.

Desde el peñón desnudo y solitario
Que el blanco santuario
Con su apacible majestad abrumba,
Contempla por do quiera la mirada
La costa acantillada
Donde se estrella con fragor la espuma.

XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa
En la línea indecisa
Do se juntan las nubes y las olas,
Rauda vapor, que con la crin al viento,
Acelera el momento
De arribar á las costas españolas.

XVII.

Luégo, á medida que la luz desmaya,
Con rumbo hácia la playa
Cuyos contornos borra la neblina,
Se ven llegar las pescadoras naves,
Como tímidas aves
Que al nido vuelven, cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
 En la empinada altura
De negro promontorio centellea,
Y su destello intermitente oscila,
 Cual la roja pupila
De un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
 El mar y el horizonte
A la absorta mirada siempre abiertos,
Y al otro lado, en la vertiente opuesta
 De la escarpada cuesta,
Reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestres hayas y robustos pinos
 De los cerros vecinos
Orlan y ciñen la brumosa frente,
Por cuyas quiebras rueda y se desata,
 Como líquida plata,
El sonoro raudal de alguna fuente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
La pintoresca vega,
Siguiendo los contornos desiguales
De la verde montaña, resguardado
Por el peñón tajado
De recios y furiosos vendavales ;

XXII.

Bajo el amparo de la Iglesia santa,
Sobre la cual levanta
Sencilla cruz sus brazos redentores,
Sin que la sed de la ambición le aflija,
Humilde se cobija
Aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
Rústico albergue asoma
Al margen de un arroyo cristalino,
Cuyo limpio caudal, abriendo calle
Por el fondo del valle,
Mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
Y cuando el viento mece
Con leve impulso sus tupidas frondas,
Parece, reflejándose en el río,
Que el ramaje sombrío
En el espacio tiembla y en las ondas.

XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
Las tapias de la casa,
Un joven pescador de piel curtida
Por el viento del mar, áspero y rudo,
Iba nudo por nudo
Recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

Para coger los puntos de la malla,
Que en su postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del pasado día,
Cuando la red crujía
De la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
En la ingrata faena
Le acompañaba, y con secreto gozo,
A menudo, ligera como el rayo,
Mirándole al soslayo
Orgullosa pensaba:—; Es un buen mozo!—

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
En el redondo seno
Que el ceñido jubón reprime y tapa,
Suspendiendo de pronto su trabajo,
Decía por lo bajo
Con aire vencedor:—; Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces, dibujándose indecisa
En sus labios la risa,
Contemplábase, muda de embeleso,
La dichosa pareja enamorada,
Y era aquella mirada
Una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
 Como su nombre, hermosa :
Arde en sus ojos del placer la llama.
Su fresca boca, que al halago brinda,
 Es dulce cual la guinda
Que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
 Que se deshace en breve :
Negros sus ojos son, negro el cabello
Competir en su rostro parecía
 La noche con el día ;
Pero ¿ acaso el crepúsculo no es bello ?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
 Miguel, el más activo
Y arriesgado patrón de aquella playa,
Que ágil en el timón, fuerte en el remo,
 En el peligro extremo
Ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio
De su penoso oficio,
Por la abierta camisa muestra el pecho
De fuerte y musculosa contestura,
No á la molicie impura,
Sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
Oculta la nobleza
De un corazón resuelto, pero sano.
Tan sólo Rosa conquistó la palma.
De someter un alma,
Que no logró domar el Oceano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
La bendición del cura.
Tres meces hace que al sagrado lazo
La ya vencida voluntad rindieron,
Tres meses, que se dieron
El primer beso y el primer abrazo.

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
Honor y prez de España,
Dos almas en sus gustos más unidas,
Ni con tan casto ardor el himeneo
En un mismo deseo
Fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces
Las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
Su amor tan inocente como vivo :
Pero el beso furtivo,
La franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

El íntimo y verboso cuchicheo,
Semejante al gorjeo
De alegres aves, el falaz desvío
De que mimada joven alardea,
Sólo el tiempo que emplea
En decir su amador :—; Dulce bien mío !—

XXXIX.

La voz, el gesto, la expresión, el modo
De contemplarse, todo
Trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma
Por inculto que sea y por grosero,
Para el amor sincero
No es tierno como arrullo de paloma ?

XL.

Juntos en deleitable compañía
Trabajan á porfia
Repasando la red, y tan molesta
Como pesada operación sazona
La burla retozona,
La aguda chanza ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcentrados en su amor profundo
¿ Qué les importa el mundo ?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
Y juegan, como juegan
Los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
 Donde manso ganado
Con la hierba otoñal su gula aplaca,
La madre de Miguel, limpia y risueña,
 Tranquilamente ordeña
Las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos
 Tan jóvenes, tan bellos
Y tan rendidos á su mutuo encanto,
Los dulces ojos, que la edad apaga,
 Y por sus labios vaga
Leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡ Con qué inefable paz la pobre vieja,
 A quien tan sólo deja
Vanas memorias la cansada vida,
Con qué intenso y profundo regocijo
 Siente y ve en aquel hijo
Reverdecer su juventud perdida !

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
 Con sus castos amores,
 Sus ansias, sus placeres y congojas.
 Es como troneo roto, que aún resiste,
 Y el mes de mayo viste
 De nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
 Y desbordando el gozo
 Que en sus plácidos ojos centellea,
 Dijo, llamando la atención de Rosa :
 — Mírala que hacendosa
 Y entretenida está. ¡ Bendita sea ! —

XLVII.

— ¿ Qué puede apetecer ? ¡ Nos ve felices ! —
 Rosa exclamó : — Bien dices. —
 Respondióla Miguel : — Quieran los cielos
 Para culmar la dicha de esa anciana,
 Concederle mañana
 Inocentes y hermosos netezuelos ! —

XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,
Mostrando en su semblante
El vívido color de la amapola,
Al cuello se colgó de su marido,
Y murmuró á su oído
Una tímida frase ; una tan sola !

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
Que removi6 hasta el fondo
El alma de Miguel, como la ardiente
Lumbre del sol que las campiñas dora,
Hace, germinadora,
Estallar en el surco la simiente.

L.

— ¡ Madre ! ¡ madre ! — gritó falto de aliento ;
Y pronta al llamamiento,
Con creciente ansiedad la anciana vino.
— ¿ Qué es esto ? — preguntó sobresaltada.
— ¿ Qué es esto ? ¡ Pues es nada ! —
Contéstole Miguel fuera de tino,

LI.

— ¡Que avanza mi ventura á toda vela!
 ¡Que vas á ser abuela!
 ¡Que mis sueños de amor alcanzo y toco! —
 Y hablaba cada vez menos tranquilo,
 Levantándola en vilo,
 Locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
 Del apretado nudo,
 Y no vuelta del pasmo todavía,
 Haciendo á Rosa malicioso guiño,
 Con maternal cariño,
 — ¡Ah bobo! — prorrumpió — ¡si lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho
 En íntimo, en estrecho,
 En entrañable abrazo confundidos,
 Mezclaron sus sencillos corazones,
 Anhelos, ilusiones,
 Lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
Se anticipa el deseo
Con sus alas de rosa al bien distante,
Miguel dijo soñando:— Si no muda
El tiempo, y Dios me ayuda
La pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
A Castro . . . ¡no! á la corte
Iré en seguida, y si en las tiendas hallo
Cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
Y le traeré un hatillo
De príncipe . . . ¡y un sable! . . . ¡y un caballo!—

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
— ¡Si casi le estoy viendo
Con su carita colorada y fresca,
Y sus gracias alegres y sencillas,
Sentarse en mis rodillas
Para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡ Verás cómo retoza por la playa
 Cuando á buscarme vaya !
 Y cuando se acostumbre, al lado mío,
 Al olor del carbón y de la brea,
 ¡ Verás cómo gatea
 Por los palos y jarcias de un navío !

LVIII.

Será — siguió diciendo satisfecho, —
 Un mozo de provecho
 Más resistente y firme que una antena.
 Iremos juntos, y se hará á mis mañas. —
 — ¡ Hijo de mis entrañas ! —
 Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡ Él, expuesto al peligro de los mares ! . . .
 ¡ No bastan los pesares
 Que me afligen por ti ? ¡ Vaya un empeño !
 No lograrás vencerme, te lo digo,
 Harto sufro contigo
 Sin que nueva inquietud me robe el sueño. —

LX.

— ¡Bravo! — exclamó Miguel: — ¡Famosa idea.
 Pues ¿qué quieres que sea? —
 Y mirándole Rosa con ternura,
 — ¡Cura! — le respondió. — ¡Cómo! — repuso
 El pescador confuso,
 — ¡Y un mozo tan cabal ha de ser cura! —

LXI.

— Sí, sí! Para que ruegue noche y día
 A la Virgen María, —
 Respondió con tiernísimo arrebato,
 — Por cuantos mueren en la mar traidora,
 Por la infeliz que llora
 Su mísera viudez . . . y por ti ¡ingrato!

LXII.

— Pues no me harás cejar. — Ni á mí tampoco.
 — Vayamos poco á poco —
 Dijo, cortando la incipiente riña.
 La madre de Miguel. — Pues yo no paso
 Por que apuréis el caso
 Sin contar con el huésped. ¿Y si es niña? —

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo :
 Arrugó el entrecejo
 Contrariado tal vez : pero de pronto,
 A compás de ruidosa carcajada
 Prorrumpió : — ¡ Nada, nada,
 Madre tiene razón ! ¡ Es que soy tonto ! . . .

LXIV.

— Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
 Aun cuando sea el vivo
 Retrato de mi adusta morenita. —
 Y con franca efusión abrazó á Rosa,
 Que entre esquivá y gozosa
 Dijo, evitando sus cariños : — ¡ Quitá ! —

LXV.

¿ Quién ve tanta ventura indiferente ?
 ¡ Santa y perenne fuente
 Del amor paternal, que en nuestro anhelo
 En misteriosas ondas repartida,
 Para endulzar la vida
 Y templar nuestra sed, bajas del cielo !

LXVI.

¡ Sentimiento purísimo del alma,
Que turbas nuestra calma,
Y con ritmo jamás interrumpido
Despiertas los estímulos que duermen,
Haces vibrar el germen,
Subir la savia y palpar el nido !

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
Suspende la fiereza
Del oso huraño y del león hirsuto,
Y tu fuego vivaz que do quier arde,
Ímpetu dá al cobarde,
Vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
Se muda, se trasforma,
Y en este inmenso impenetrable abismo
Que la infinita variedad encierra,
Tan sólo tú, en la tierra,
En el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
 De su mayor contento,
 Asomando al través de los maizales
 Que encubren la vereda del molino,
 Un marinero vino
 A turbar sus ensueños paternales.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarada
 De Miguel. Alma honrada
 Que á su pesar apasionado culto
 Consagra á Rosa; amor inofensivo,
 Pero puuzante y vivo,
 En lo más hondo de su pecho oculto.

LXXI.

—¡Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
 Con tono afable y llano
 Dijo al verle Miguel. — Bien se conoce
 Que tienes — contestó — la paz en casa,
 Y que el reló se atrasa
 Para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿ A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
 El cielo está sereno
 Y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
 Calcular el aguante de tu malla,
 Pues hoy, ó todo falla,
 Van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¿ No es lícito á los pobres el regalo!
 El año ha sido malo —
 — Cierto — Miguel repuso, — y necesito
 No perder la ocasión, porque mi esposa . . . —
 Iba á hablar; pero Rosa
 Dijo, abrazando al imprudente: — ¡ Chito! —

LXXIV

— Si mi franqueza tu disgusto labra,
 No diré una palabra, —
 Contestóle Miguel. Mientras Roberto
 Rendido al golpe de su ardiente pena,
 Contemplaba la escena,
 Lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quién en lo oscuro de su pecho esconda
La herida viva y honda
Que sangra sin cesar, de un desdichado
Amor, y tenga para más tortura,
El sueño de ventura
Que nunca logrará, siempre á su lado ;

LXXVI.

Quién de los celos pertinaces sienta
La mordedura hambrienta,
Y finja indiferente y satisfecho
Ver su imposible bien en otros brazos,
Mientras quiere á pedazos
El corazón saltársele del pecho ;

LXXVII.

Quién amando en silencio hasta el delirio,
No tenga en su martirio
Ni aun el triste consuelo de la queja,
Podrá tan sólo comprender el fiero
Pesar del marinero,
Ante el placer de la gentil pareja,

LXXVIII

Miguel de pronto profirió:— ¡ Al avío! —
 Con desenvuelto brío
 La fuerte red plegando. Diligente,
 Y según su costumbre cariñosa,
 Iba á ayudarle Rosa
 Cuando él le dijo amedrentado:— ¡ Tente!

LXXIX.

¡ Por Dios! ¿ Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
 Que un esfuerzo cualquiera
 ¡ No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
 Que hoy la felicidad me presta aliento
 ¡ Hasta capaz me sientò
 De cargar con la barca, si es preciso! —

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
 Miguel echóse á cuestras
 La recogida red, diciendo:— ¡ Vaya!
 Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto,
 En íntimo concierto
 Tomaron el sendero de la playa.

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
Volviendo la cabeza
A cada instante hacia su hogar cercano,
Desde donde en señal de despedida,
La joven conmovida
Le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
Su prenda idolatrada
Se internó en las revueltas del camino,
No apartó, con dulcísima porfía,
Del rumbo que él seguía,
Ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

Viendo, no sin nublársele el semblante,
Cada vez más distante
Al dueño de su vida y de su casa ;
Que la ausencia en amor, aun la más breve,
Cual nubecilla leve
Oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno! . . .—
Dijo, oprimiendo el seno
Maternal, con tan blando y dulce nudo,
Que, de la dicha de su hogar ufana,
La enternecida anciana
Contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
Perdiéronse ligeros
Tras un peñón que hacia la senda avanza,
Y al fin de cuya estrecha cortadura
La indómita llanura
Del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente,
Su grandeza imponente,
Su angusta calma ó su furor sublime,
Y con su regia majestad á solas,
Óyese de sus olas
La voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
Van, de la mano asidos,
Hacia donde, á merced de la marea
Que su ancha curva en las arenas raya,
Cual reina de la playa
La barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
Con atrevida quilla
Surcar graciosa el líquido elemento,
Y mar afuera, inquieta y juguetona,
Tender la blanca lona
A las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
Cuando la sombra oscura
Se precipita sobre el mar de Atlante!
Y cuando viento duro el golfo riza,
¡Qué es ver cual se desliza
Por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
Y hiende tan gallarda
La inmensidad del piélago bravío,
Que no deja tras sí, rápida y suave,
Ni aun la huella que un ave,
Rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
Ante la airosa lancha
Que su fortuna y su ambición encierra,
Y le presta solícito el cuidado
Con que el bravo soldado
Mima y atiende á su corcel de guerra.

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
Gritó á los de la playa:
— ¡ El patrón ! — Y animosa la cuadrilla
Á la dura jornada se dispuso.
Sólo absorto y confuso
Un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
Extraño á la faena
Ocultaba su rostro entre las manos,
Mostrando sólo en su actitud doliente
La ancha y curtida frente
Orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
Malogra, su hija amada
Cayó marchita al soplo de la muerte,
Y se le sale, sin sentir, del pecho
El corazón deshecho,
En las acerbos lágrimas que vierte.

XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja
Que, sin piedad, deshoja
Como agostada flor nuestra ventura
En ese instante de terrible prueba,
En que voraz se lleva
Parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

Cuando con lenta gradación se apaga
 La luz dudosa y vaga
Que colora la faz del moribundo,
¡ Ay! y á medida que en sus ojos crece
 La sombra, nos parece
Que va cayendo en lobreguez el mundo;

CXVII.

Cuando vencidos en estéril lucha,
 Nuestra impotencia escucha
El tremendo estertor de la agonía,
Y con angustia alborotada y loca
 Posamos nuestra boca
Sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

Casi cerrada en su letal reposo
 Al ritmo fatigoso
Que el pecho cadavérico le presta,
Y que ya de la muerte bajo el peso,
 Ni al anhelante beso,
Ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

Cuando aún tibios los míseros despojos,
Vemos con turbios ojos
Toda nuestra ilusión desvanecida,
Y en medio del pesar que nos destroza,
Sentimos cuál se goza
Traidor recuerdo en enconar la herida ;

C.

Cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
Negra y medrosa caja
El bien amado para siempre encierra,
Y siente el corazón despavorido
El ruido, el sordo ruido
Que hace al cubrir el féretro la tierra :

CI.

¡Ay! quien tenga grabada en su memoria
Esa trágica historia,
Sin cesar repetida y siempre nueva,
Verá, evocando su dolor pasado,
El dardo envenenado
Que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aflicción tan viva,
Con frase compasiva
Le interrogó Miguel franco y abierto.
Alzó el viejo la faz desencajada,
Y con voz desmayada,
—¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
Mientras un choque rudo
No sacude el marasmo que le embota,
Porque entonces el ansia comprimida.
Como por ancha herida
La hirviente sangre, atropellada brota.

CIV

Y cuando el corazón rompe su valla,
En el dolor que estalla
Se mezclan y amalgaman con espanto
Como fundidos por el mismo fuego,
La imprecación y el ruego,
Y el gemido, y la cólera y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
 Exasperó la pena
 Que al tosco anciano le apretaba el cuello,
 Y exaltándose al cabo poco á poco,
 Con la rabia de un loco
 Maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡Ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
 ¡Mentira! Dios no es justo
 Cuando se goza en aumentar mi cuita.
 Tienen en buena paz muchos bribones
 Tierras, barcos, millones
 ¡Yo, una pobre muchacha . . . y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
 ¿Cómo vivir sin ella? . . . —
 Y se apagó la voz en su garganta.
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—
 Gimió el honrado viejo:
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
La encallecida mano,
— Vuelve á casa — le dijo — y llora y reza
Junto á la amada prenda que perdiste.
— ¡No! — contestóle el triste
Moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

— Aunque me falta el sol de la alegría,
Conservo todavía,
Gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
¿ Por qué te he de mentir, si eres mi amigo ?
Saldré á la mar contigo.
¡ Necesito el jornal para su entierro !

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
Las galas de la muerte :
Una cruz, un sudario y una palma.—
Guardó breve silencio el desdichado
Y luégo desolado
Clamó con bronco acento : — ¡ Hija del alma ! —

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
 Como puñal agudo
Clavósele en el pecho, y tan activa
Creció en su corazón la angustia fiera,
 Cual la insaciable hoguera,
Que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
 Y conteniendo el llanto
Miguel le respondió:— Tu pobre Juana
Tendrá lo que tu anhelo solicita:
 La humilde cruz bendita,
La palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
 Que un bravo compañero
Á su propio tormento contribuya.
No serás, si te niegas, buen amigo,
 Y atiende á lo que digo:
Hoy pesco para tí. ¡ Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
Sobre la herida abierta
Del triste anciano, y mitigó su duelo
Llanto reparador, tranquilo y suave.
Siempre para quien sabe
Sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

— ¡ Que Dios te colme de mercedes, hijo ! —
Con blando acento dijo,
Las lágrimas secando en su mejilla.
Miguel para ocultar su sentimiento,
Ligero como el viento
A la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
Con ansia manifiesta
Esperaba no más la voz de mando.
Dióla el patrón ; y con vigor supremo,
El resistente remo
En las arenas de la playa hincando,

CXVII.

Puso á flote la lancha embarracada,
Que lenta y sosegada
Siguió después por la canal angosta,
Única vía, franca y descubierta,
Entre la barra incierta
Y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
Inabordable, oscuro,
Desde la playa misma se adelanta,
Hasta la punta del siniestro Cabo
Do el mar potente y bravo
Con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
En pavorosa hilera
Resaltan del peñón de trecho en trecho,
Señalando en el áspero arrecife,
El sitio en que un esquife
Quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
De horror y espanto llena.
Más de un pobre marino halló su fosa
Entre el medroso y formidable estruendo
De la borrasca, oyendo
Los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
Por mísera y mezquina
Pudíérase decir que el mar desdefía,
Aunque á veces su presa le disputa,
Una abrigada gruta
Labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras,
Las apacibles horas
Trascurren sin sentir. Con los reflejos
De la luz que en las aguas reverbera,
El mar, como si fuera
De inflamado metal, brilla á lo lejos.

CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,
Con la mirada abarca
El golfo en que indolente se aventura.
Está á sus piés sumiso y reposado
Como león cansado,
Y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
Mansamente resbala
Sin conmover el piélagos sereno,
Como el aliento sosegado y leve,
Que apenas alza y mueve
De una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
Como argentada raya
Deja en las ondas su espumosa estela,
Y al avanzar con suave balanceo,
Va como si el deseo
Le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
La gente se prepara,
El remo suelta, y su esperanza funda
En la corriente azul del Oceano,
Como el dolor humano,
Amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
Con provechoso tino
Tiende la fuerte red, y las tres veces
Al recogerla, abillantó su trama,
La refulgente escama
Que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si es cierto.—
Dice alegre Roberto,
Mientras que sujetando por la agalla
Con diligente mano desenreda
Al pez, que preso queda
En los hilos nudosos de la malla,

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
Un sollo, que convulso
Entre sus férreos dedos se torcía,
Regocijado exclama: — ¡ Brava presa!
No se pone en la mesa
Del rey, cosa mejor. ¡ Este es gran día! —

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente
A medida que siente
Su ganancia crecer, redobla el celo,
Y sin cejar un punto en su tarea,
Quién en la red se emplea,
Quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

Quién al enorme pez, que agonizante
Colea, en un instante
Con implacable actividad remata;
Y de la pesca el acre olor parece
Que alienta y fortalece
Al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
Fué enturbiando del cielo
La limpia claridad. Oscura nube
Desde el confín remoto se avecina,
Sorbiendo la neblina
Que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando :
El mar plácido y blando
Por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido,
Y hacia el agreste nido
Tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso una racha fugitiva
Del oleaje aviva
El ímpetu naciente. Las espesas
Nubes marchan en giro apresurado,
Y al fin rompe el nublado
En gotas tan escasas como gruesas,

CXXXV.

— ¡Hum! — exclama frunciendo el entrecejo
 Un pescador ya viejo :
 — ¡ El tiempo muda, la borrasca avanza ! —
 Y otro añade después : — Se aguló la fiesta ! —
 — ¡ Ah, cobardes ! — contesta
 Miguel en tono de amistosa chanza :

CXXXVI.

— ¿ Os asusta una nube de verano ? —
 — ¡ Sí ! — responde el anciano.
 — ¡ La galerna está encima ! — No discuto —
 Le interrumpe el patrón. — Mas Juana ha muerto,
 Y yo no vuelvo al puerto
 Si no llevo á su padre para el luto. —

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
 Sin que del mar bravío
 La sorda turbación los contuviera.
 Pues ¿ quién fuerza al lebrél cuando en la pista
 La ansiada res avista,
 A pararse en mitad de su carrera ?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
Cual rauda catarata ;
El huracán sus ráfagas sacude
Como un corcel la erin ; al llamamiento
Del alterado viento,
La ola, bramando de furor acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate
El eterno combate
Que presencian los siglos confundidos,
En que, después de trágicos horrores,
Los fieros gladiadores
Ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
Rueda la tempestad : con ciego empuje
Cual fogoso bridón que se desboca,
La ola adelanta, choca
Contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI.

—¡ Hola !—grita Miguel.—¡ Cortad la cuerda
 Aunque la red se pierda !
 Aun habrá tiempo de llegar al faro.
 ¡ Ánimo, chicos ! y forzad los remos,
 Que pronto arribaremos.
 ¡ La santa Virgen nos dará su amparo !

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra
 Y á la cercana tierra
 Dirige el rumbo como buen marino,
 Mientras la gente, ante el peligro absorta,
 Con ágil remo corta
 La indócil ola, abriéndose camino.

CXLIH.

Como acosado por la voz del trueno.
 El mar su turbio seno
 Con resonante convulsión agita ;
 Cual irritada fiera el lomo enarca
 Y hacia la frágil barca
 Sus gigantescas olas precipita,

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
 La lancha pescadora
Los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
 Vuelan llenos de espanto,
En confuso tropel hacia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
 Imploran por los seres
Que amenaza el furor del mar sombrío,
Y ardientes quejas, alteradas voces
 Revueltas y veloces,
Pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario
 Invade el santuario
Que la escarpada cúspide corona,
Donde al pié del altar, una y cien veces
 Con dolorosas preces,
Pide auxilio á su célica Patrona.

CXLVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
Otra, en silencio besa
Desesperada á un párvulo inocente,
Un débil niño en su pueril despecho,
Golpeándose el pecho,
En el polvo del templo hunde su frente,

CXLVIII.

Otro ofrece á la Virgen con devoto
Fervor, sencillo voto ;
Y del concurso general, movido
Por el temor, la angustia y el deseo,
El alto clamoreo,
¡ Ay ! más que una oración, es un gemido.

CXLIX.

En el lugar más arduo de la costa,
Hacia la boca angosta
Del canal, siempre al marinero aciaga,
Bulle otra multitud, dando á los vientos
Sus ayes y lamentos,
Que el recio són del temporal apaga.

CL.

Pintándose en su faz el extravío,
Por medio del gentío,
La madre de Miguel, como una sombra,
Se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
Reza, las manos junta,
Y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña ;
Copioso llanto baña
Sus claros ojos que oscurece el duelo
Tiene el lívido rostro de una muerta,
Y la razón cubierta
De tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso.
¿ Conocerán acaso
La noticia fatal? La incertidumbre
De Rosa, surge á tan horrible idea,
Y con terror pasea
Su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.
 Frenética, insensata,
 A una amiga se acerca:— ¡Dónde, dónde
 Está Miguel? ¡Ten lástima!— solloza.
 La sorprendida moza
 Mírala estupefacta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—
 Pero un marinero experto
 En los trances del mar, compadecido
 De la atroz inquietud que la enajena,
 Para templar su pena
 Dícele con amor:— ¡Cobra el sentido!

CLV.

¡A qué viene apurarse de esa suerte?
 ¡Qué sacas con ponerte
 En el último extremo? Cuando tarda
 La barca en presentarse, conjeturo
 Que ya en lugar seguro,
 Tan sólo el fin del temporal aguarda.

CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
Porque riesgos mayores
Ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
— Mas ¿le viste volver? — pregunta Rosa
Turbada y anhelosa,
Y le contesta el pescador: — No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
Al borde se aproxima
Del saliente peñón, como una idiota,
Y expuesta á peligroso paroxismo,
Avanza hacia el abismo
La descombuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
La atónita mirada
Hunde en la inmensidad, y es su porfía
Tan profunda y tenaz, que si pudiera,
La mar rebelde y fiera
Con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡ Ay! ¡ si lograrse traspasar la bruma!....
 ¡ Si entre la blanca espuma
 Viese al mortal por quien suspira y ruega!....
 Cuando divisa un barco en lontananza,
 Renace su esperanza
 Y clama, llena de ansiedad: — ¡ Ya llega! —

CLX.

¡ Estéril impaciencia! ¡ Vano empeño!
 ¿ En dónde está su dueño
 Que no acude á su voz? ¿ Por qué no viene?
 Su amante madre la acaricia y calma.
 ¡ Compadeced al alma
 Que da consuelos ¡ ay! y no los tiene!

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
 Sin tregua ni reposo
 Anuda cuerdas y apareja un bote,
 Sometido al mandato soberano
 De respetado anciano,
 Mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
Sin ostentoso alarde,
Y aunque á los años la cerviz inclina,
Presta vigor á su cabeza cana
La fortaleza humana,
Templada al fuego de la fe divina.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
Luchando á la ventura
Con el viento y las olas, impelida
Por la borrasca hacia el difícil paso,
En donde puede acaso
Quedar á salvo ó perecer hundida,

CLXIV.

Entre el fragor que por momentos crece,
Intrépida aparece
La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
Cual gladiador que tras inútil prueba
Huye vencido, lleva
Cien heridas de muerte en su costado.

CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje
Del soberbio oleaje,
La gente fuerzas del peligro cobra ;
Y aunque la lancha, como leve pluma,
Entre montes de espuma
Parece á cada instante que zozobra,

CLXVI.

Cien veces con impávido heroísmo,
Resurte del abismo
Obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡ Oh ! ¡ van á perecer ! — ¡ Queréis seguirme ? —
Con voz entera y firme
Pregunta el cura. — ¡ Á vuestro amor apelo !
Arrancaremos á la mar su presa,
Y si en tan santa empresa
Morimos, ¿ qué es morir ? ¡ Ganar el cielo ! —